

129
RODOLFO RAGUCCI, S. S.

Empresas de Clerecia

ROMANCIERO DOMBOSCANO
SEGUNDA PARTE



SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL
ADOLFO BERRO 4050 BUENOS AIRES

Al Sr. R. Rector Mayor,
Sr. Pedro Ricaldone,
nuestro Don Bosco viviente,
con afecto filial ofrece estas

Empresas de Clerecia

Rodolfo Riquelme S. S.

Bernal, 19/XII/1941

RODOLFO RAGUCCI, S. S.

Empresas de Clerecia

ROMANCIERO DOMBOSCANO

(Continuación de "Caminos de Juglaría")

Ilustró Juan Morano, S. S.



MCMXLI

SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL

ADOLFO BERRO 4050

BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que ordena la ley 11.723

Sociedad Editora Internacional

Buenos Aires, 1941

1

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1941
IMPRESA DEL COLEGIO Pío IX — ADOLFO BERRO 4050
BUENOS AIRES

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

*A la suavísima memoria de mis padres
que entrañablemente amaron
a San Juan Bosco.*

*A los que con el oro
de su corazón o de sus arcas
cooperan
a la perpetuación y engrandecimiento
de las Obras de San Juan Bosco.*

UN ANHELO DEL AUTOR.

A "CAMINOS DE JUGLARÍA", siguen hoy estas "EMPRESAS DE CLERECÍA".

Por caminos de juglaría llegó el santo jovencito Juan Bosco al altar soñado de su Dios.

Como los clásicos juglares, niño y mozo, cantó, jugó, recitó ante chicos y grandes; como aquellos, anduvo errando de casa en casa, de lugar en lugar; y, como aquellos, con su habilidad en los juegos y en múltiples trabajos ganó el alimento y el reposo, siquiera exiguo, y los medios indispensables para costear sus primeros estudios.

Pero, a diferencia de los antiguos juglares, con su destreza, andanzas, quehaceres y estudios, no sólo se propuso entretener a las gentes, sino también cautivar sus almas para ofrecérselas a Dios en amoroso vasallaje. Y lo alcanzó con creces: almas innumerables, que con él toparon, a Dios ascendieron por las rutas fáciles y risueñas de sus juglarías. Y así, las del niño de Bequi fueron verdaderas JUGLARÍAS A LO DIVINO, y él, auténtico JUGLARCITO DE DIOS.

Y jugar de Dios será toda la vida, porque con el solaz y expansiones del recreo continuará su maravillosa conquista de almas para la virtud y para Dios, a lo largo del medio siglo de su sagrada CLERECÍA, de su fecundo sacerdocio.

Sus Oratorios Festivos, creación personalísima de su genio, cuyo Centenario conmemoramos, ¿qué son sino la conjunción admirable, humana y divina, de esos dos "mes-teres": de JUGLARÍA y CLERECÍA? Y siempre el primero, como camino preliminar y allanador para las sublimes empresas del segundo.

La inmensa biografía domboscana ofrece innumerables rasgos de uno y otro mester, desbordantes de poesía íntima y genuina, como que es la eterna poesía de variadas formas, matices y fragancias con que sublima Dios la existencia de los predestinados. Aquí sólo se han reunido unos pocos rasgos en modesto ramillete, que, si otros valores no luce, no puede ocultar el hondo cariño filial con que ha sido preparado.

Muy feliz he de sentirme con que el humilde ensayo de este ROMANCERO DOMBOSCANO sea, para otros más capaces de realizar obras acabadas, como el señalador del inagotable venero de poesía perenne, que es la vida asombrosa del querido Apóstol de la Juventud, mi dulcísimo Patriarca, San Juan Bosco: he ahí mi fervoroso anhelo.

R. R., s. s.

Bernal, octubre de 1941.

HACIA LAS CUMBRES.

I. El Convento de la Paz.

“SEÑOR”, rezaba el mancebo,
“quiero a tu Reino llegar...
“Temo las sendas floridas
“que ofrece el siglo falaz.
‘Sus flores luego se amustian;
“sus goces cuestan afán
“y anublan de amargos dejos
“la vida que va detrás...
“¡Ponme en tu huerto cerrado
“de flores de eternidad,
“donde abunda el fruto esquivo
“que el mundo miente: la paz!”

* * *

Y en busca de paz fué Bosco
de Turín a la ciudad.
De afamados frailecitos
fué a ver al Padre Guardián.
Fué a rogarle lo admitiese
de aspirante en calidad.
Lo sometieron a examen,
y aprobólo el Provincial
y dióle fecha en que el mozo
se debía presentar
en un convento de Chieri:
el Convento de la Paz.
¡De la Paz! ¡Si hasta su nombre
parece cifra augural!

* * *

Pasados algunos días,
le asaltan dudas a Juan:
—¿Me querrá Dios con aquellos
frailecitos en verdad?...
Pero ya todo está listo...
Mi madre conforme está...
¡Iré, pues; que el noviciado
es tiempo para probar!
Y ahora ¿ves? me voy camino
del Convento de la Paz.—

Esto a un amigo confía,
con quien ha topado Juan,
y el amigo, que es discreto,
después de dejarle hablar,
piensa un instante, y sentencia
con extraña gravedad:
—Si me escuchas, no al Convento,
sino a Turín tú te vas,
donde debes este asunto
a Don Cafasso confiar.—

* * *

Don Cafasso, su paisano,
es un santo, si los hay.
Pues, por su sabio consejo
Juan se va a la capital.

Llegado, al Santo refiere
lo del Padre Provincial,
que ya le ha abierto las puertas
del Convento de la Paz.

—Pues, entonces— le pregunta
Don Cafasso,— ¿dónde está
la fuente de tus temores?
¿Por qué dudas si entrarás?

—Porque soñé — le contesta—
una cosa singular:
frailes de esos, que reñían,
desgarrándose el sayal,
y uno de ellos me decía:
“¿Cierto que buscas la paz?
“Pues, esa paz, que es tu anhelo,
“no podrás hallarla acá.



“Dios te prepara otro campo,
“que le tienes que labrar”.—

Calló Juan; y el sacerdote,
de plegaria en ademán,
juntas las manos y vuelta
al Crucifijo la faz,
implora luz, y responde
con arcana autoridad:

—Sin temor, sigue estudiando,
mas no en sosiego claustral.
En el Seminario, amigo,
Dios esperándote está.
Vé, y generoso secunda
los misterios de su plan.
Vé, que yo también me ofrezco
tus caminos a allanar.—

* * *

Luces de aurora han vencido
la lobreguez nocturnal.
Se abre la ruta argentada.
Al convento Juan no irá.
En el Seminario ahora
tendrá luz de ciencia y paz,
y en tanto de día a día
Dios le descubre su plan.
¡Y Dios es más que una madre!
¡Bien puede en él descansar!
Un Santo le ha revelado
la Suprema voluntad.



2. Primeros cooperadores.

Ya han corrido varios años.
Bosco acaba de cumplir
los veinte. Ya sus estudios
de griego, historia, latín
y demás humanidades
le han valido elogios mil.

A la postre el Seminario
le va sus puertas a abrir.
¡Cuántos nublados de angustia
desbarata el sol allí!
¡Ah! Los sueños de su vida
realidad serán al fin.

¡Cuántas veces hasta entonces
repitió como David:
"¡Antes contigo en tu casa
sólo un día, Adonái,
que sin Ti habitar palacios,
siquiera por años mil!"

Pero no faltan estorbos
que aun es preciso abatir.
Los gastos del seminario
no son cosa baladí:
ropas, libros y sustento
exigen más de un florín.
Mas, cuando hay Dios y hay hombría,
todo eso es grano de anís.

Y Dios inspira al Vicario
de Castelnuovo.

—Advertid—

habla a algunos que en sus eras
juntan más trigo y maíz
—que debemos a este joven
en su urgencia subvenir.
Dios lo destina a grandezas,
de las que nuestro país
muy ufano se pondrá.
Lo veréis vosotros, sí;
yo tal vez nó. Aceleremos
tan glorioso porvenir.
Yo le cedo mi manteo.
Vosotros ¿con qué acudís?—

Y ellos, que aman de sus hijos
al dechado y paladín,
y al terruño que por Bosco
vendrá a ser como el del Cid,
dicen:

—Bien. Yo la sotana
le haré llegar de Turín.
—Por mi cuenta, los zapatos.
—Yo le regalo un tapiz.
—¿Y su sombrero de teja?
—Eso dejádmelo a mí.
—Dos cuellos le harán en casa.
—¿Si yo diera de maíz
unos sacos?

—Pues. Vendiéndolos,
podrá libros adquirir.
—Yo me encargo del colchón.
—Yo, de la almohada y candil.—

Pieza tras pieza, el ajuar
completado quedó así.
Y aun hubo quien ofrendarle
pensó la sobrepelliz,
y quien para menudencias
adelantó algún cuatrín.
De la pensión Don Cafasso
se reserva parte a sí.

* * *

Don Cinzano, el buen Vicario
siente alborozo infantil;
ha florecido su idea
de milagros en jardín.

* * *

Cuando Juan sepa que puede
ya al Seminario partir,
tras los ayes del vía crucis
¡bien podrá cantar feliz!



3. Hombre nuevo.

De la iglesia parroquial
repletas están las naves,
de gentes de Castelnuovo
y de otros muchos lugares.
Tanta gente no reúnen
las grandes solemnidades.
Y esta, entre todas, campea
por los jóvenes que atrae.

Ha cundido la noticia
de que sus prendas seculares
esa mañana Juan Bosco
trueca en sagrado ropaje.
Y, por eso, han acudido,
aun de aldeorrios distantes,
del hijo humilde de Bequi
amigos innumerables.
De admiración y cariño
rinden así su homenaje
al que alegró tantas horas
de pilluelos y gañanes.

* * *

Las campanas han soltado
los repiques más vibrantes,
y la iglesia se ha vestido
de luces, flores y encajes.

Ya se ha llegado al altar
el Párroco venerable,
y Juan Bosco está de hinojos
con la piedad de un arcángel.

En alta voz se han rezado
 las bendiciones rituales;
 sobre el paño burdo y negro
 agua del acetre cae.
 El mozo al altar se llega
 y a un gesto del celebrante
 la chaqueta a un lado arroja,
 cual si lazos arrojase.
 Y entonces el sacerdote
 le viste con el ropaje
 que visten los que han de ser
 del pueblo de Dios guardianes.



¡Ah! ¡Si vierais el contento
 que de Bosco el alma invade!
 ¡Cómo esa sotana besa
 de amor en férvido arranque!
 Y mientras sigue la misa,
 él en coloquio inefable
 se entretiene con su Amado
 y así le suplica:

“*Dame
 que jamás torne a vestir*”

los hábitos mundanales;
 que, con tu noble librea,
 hombre nuevo en mí se alce,
 hombre que viva abrasado
 en tus ígneas caridades
 y ya no piense, oh Señor,
 sino en la gloria de amarte!...

Sagrada sotana, sé
 de mi nueva vida imagen:
 por negra, dime que he muerto
 al siglo y sus vanidades;
 por larga, dime que el alma
 a empresas de rey ensanche,
 que, aun por calvarios, me encumbren
 al Tabor de mis ideales.

¡Sotana, regia sotana,
 que de Dios privado me haces,
 yo te juro que en la vida
 sin mancilla he de llevarte!
 ¡Sotana santa, contigo
 sin mancilla a los altares,
 y sin mancilla al estrado
 del Dios que habrá de juzgarme!"

* * *

El augusto sacrificio
 ha terminado. Ya sale
 la multitud que ha llegado
 de tan diversos lugares,
 y aguardan todos que al atrio
 el nuevo clérigo avance,
 y con trasportes de júbilo
 lo agasajan y lo aplauden,
 mientras las campanas sueltan
 sus repiques más vibrantes,
 como en los clásicos días
 de magnas solemnidades.

y al correr los años, Tú, como Maestra,
me irás enseñando la virtud, la ciencia.

¡Oh ventura! ¡Tu Hijo me dará su casa
y todos los días lugar en su mesa,
y hablará a mi alma, como a confidente,
y mis sendas todas sembrará de estrellas!

¿Cómo he de pagarte, de esta clerecía,
que a la real prosapia de mi Dios me eleva,
la merced que me haces, Madre idolatrada?
¡Te daré las horas de mi vida entera!

Será tuyo cuanto viva en mí: pensares,
obras y sentires, y ¡oh, logre mi lengua
a propios y extraños contar cada día
de tu amor de madre las munificencias!

¡Por este ropaje santo que me diste
cumpliré, lo juro, mi filial promesa!...
¡No sólo en los días de mi Seminario!
¡Siempre, Madre, siempre! ¡Hasta que me muera!"

Y el seminarista besa su sotana,
cual si de los votos sacra fianza diera;
y el mantel sagrado, cual si fuese el manto
de su Reina y Madre, con trasporte besa.





5. Plática materna.

En la casona de Bequi
ya todo está preparado
para que Juan otro día
ingrese en el Seminario

Al atardecer, los deudos
van discurriendo del caso.

La madre está pensativa.
De ello Juan se ha percatado;
solicito va hacia ella
y le dice:

—Madre, hay algo
que a usted le preocupa.

—Es cierto.

Voy a decírtelo; vamos.—

Y acto seguido, del grupo
a su clérigo apartando,
lo miró con hondo afecto

y así a hablar tomó la mano:
—Hijo mío: al contemplarte
vistiendo ese hábito santo
siento que mi corazón
reflorece de entusiasmo.
¿Dichas del hijo la madre
mira indiferente acaso?
Mas no olvides el refrán:
“Al monje no lo hace el hábito”.
No está en llevar la sotana
el honor de un eclesiástico,
sino en saberla llevar
de la virtud con el garbo...
Escucha, Juan: si algún día,
de la duda en el asalto,
por la solidez temieres
de tu ideal soberano;
¡por Dios, hijo! no deslustres
la santidad de tus hábitos.
Antes depónlos sin mancha,
que nó con mancha llevarlos.
Tu madre un hijo prefiere
que sea labriego honrado,
y nó sacerdote indigno
de la alteza de su cargo...—

Hubo un silencio, y después
siguió Margarita hablando:
—Cuando naciste, Juan mío,
te ofrecí, como un regalo,
a la Virgen, Madre nuestra,
y Ella siempre fué tu amparo.
¿Recuerdas que, al iniciar
tus estudios ¡ay! tan arduos,
te encarecí que la honraras
con un amor sin desmayo?

Y hoy te digo que te entregues
todo a Ella, como esclavo,
y que a cuantos ves que la aman
les des afecto doblado.
Y si a sacerdote llegas,
dilata su culto santo;
¡sé de María el apóstol,
sé de sus glorias heraldo!"

Llega Margarita apenas
de su discurso a este cabo.
Profunda emoción la embarga,
y corta su voz el llanto.

Y él también llora, que intenta
poner dique al llanto en vano;
sólo al fin logra decir
con acento entrecortado:
—Lo que usted hizo por mí
sólo Dios puede pagarlo.
Madre mía, él se lo pague
con lo mejor de su erario.
¡Ah, y sepa que estos consejos
tan hondo se me han grabado
que nunca en la vida entera
habrá quien pueda borrarlos!"—



6. Nido y hogar.

¡Al fin se ha evadido el ave
de las prisiones del mundo!
¡Y ha fabricado su nido
en el oquedal seguro!

* * *

Corre el tiempo
de la quietud al arrullo,
y se dividen sus horas
la plegaria y el estudio.

En el aula ya admiraron
los profesores y alumnos,
de Juan Bosco
el fino ingenio robusto.

De cuanto él sagaz observa
sólo le disgusta un punto:
de tan doctos superiores
el trato esquivo y adusto.
No superiores quisiera,
sino padres, que a esos muros,
calor de hogar trasfundiesen
del corazón con efluvios.

Y, por eso, él allí quiere
ser el amigo jocundo
de esa juventud que anhela
luz, amor, amparo, impulso.

Y en las horas de recreo
vuelan muchos
a entretenerse a su vera
con gracias de su discurso.

Como Cristo,
de cimas no alienta orgullo,
rehuye que otros le sirvan,
y en servir él, siente gusto.



Todos le quieren, porque es
servicial como ninguno:
aclara a veces lecciones
al que algo en ellas ve oscuro;
presta sus habilidades:
a menudo
se hace sastre, y enfermero,
y aun remendón de más de uno.

¡Cuántas veces sus donaires
han disipado disgustos,
y cuántas logra alegrar
a quienes ve taciturnos!

Y así Bosco, que va amores
en los surcos
sembrando siempre, de amores
cosecha exquisitos frutos.

Ya el recuerdo del hogar
no alcanza a ponerle mustio,
porque cien hermanos tiene,
si en Bequi se dejó uno,
y, por la madre terrena,
la que allí su alcázar puso
y ternuras celestiales
allí a gozar le condujo.

¡Santo hogar del Seminario,
huerto oculto,
rico hontanar de placeres,
oasis, nido y refugio!

¡Al fin se ha evadido el ave
de las prisiones del mundo!
¡Y el nido labró del monte
en el oquedal seguro!



7. Hambre de vida.

Al comedor han bajado
todos los seminaristas.
¡No todos! Hay varios sitios
que nadie ocupa, y medida
hay de que a nadie después
de los otros se le sirva.
Varios, entonces, de ayuno
saldrán sólo al mediodía.
Entre ellos está Juan Bosco,
mozo a quien los que le miran
cuando se sienta a la mesa,
el apetito le envidian.

Y lo raro es que lo mismo
se va advirtiendo hace días.
¿Qué hará el buen clérigo entonces?
¿Qué es lo que así lo cautiva
que la campana no advierte
y hasta el desayuno olvida?

Algunos han decidido
seguirle a Bosco la pista,
y han dado al cabo en el quid
que el misterio les explica.

Cuando para el desayuno
bajan los seminaristas,
Bosco va a la zaga de ellos,
y, en cuanto de otros se estima
no observado, tuerce el paso

hacia la iglesia contigua.
¡Sabéis a qué? ¡Santo joven!
¡A saciar su hambre de vida!

¡Va su espíritu a nutrir
con Carne y Sangre divinas,
con el Pan maravilloso
de Jesús Eucaristía!

¿Qué le importa que lo priven
del pan de terrena espiga,
si Cristo le da el manjar
que lo endiosa y eterniza?

* * *

Cada día a triste caso
el buen clérigo asistía:
nadie a comulgar llegaba
estando todos en misa.

¿Qué era aquello sino dejo
de rigores jansenistas,
que apenas si los domingos
la comunión permitían?

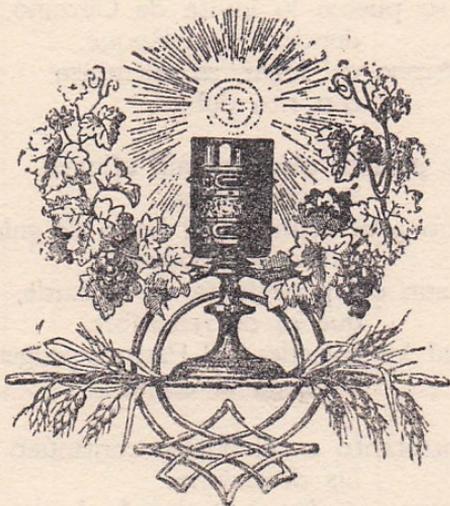
Luego ¿en el Sagrario en vano
Jesús por almas suspira?
¡él las llama, y ellas burlan
a festín de amor la cita!

Bosco de Cristo el anhelo
va a saciar, aunque a hurtadillas,
y al Rey de amor va a crear
corte de seminaristas.

Y en santidad, del Sagrario
van rompiendo las espigas
y el Seminario se impregna
de fragancias eucarísticas.

* * *

¿Quién supo que aquellas eran
de gestas de amor primicias
del que había de ser *Apóstol*
de *Jesús Eucaristía*?



8. Ausencia embarazosa.

Está el clérigo Bosco disfrutando
de vacaciones:
va de paseo, estudia, reza, lee,
cual lo dispone.

Un día Luis Comollo, amigo suyo
de los mejores,
a su pueblo lo invita de Cinzano,
donde a San Roque,
Patrono del lugar, se solemniza
con rito doble.

De pueblos aledaños allí afluyen
los sacerdotes.
Pero ¿qué ocurre? Del festín de gala
sirven los postres,
y aun del panegirista de la tarde,
que es de renombre,
cual los cofrades del Patrono exigen,
no llega el coche.

Entretanto en el pueblo continúan
las diversiones
hasta que llama al templo la sonora
voz de su torre.

¡Y el orador no llega! ¡Y el gentío
de bote en bote
colma el templo, del púlpito aguardando
la voz que asombre!

El cura, el sacristán, los monaguillos
van, vienen, corren
hasta la carretera, por si al cabo
asoma el coche.

¡Inútil! Bosco mira al señor Cura
y lo ve al pobre
cuál muda de color y en la cabeza
las manos pone,
y, por sacarlo de aquel recio trance
presto recorre
el grupo de los párrocos y el caso
en breve expone,
esperando que alguno aquel vacío
airoso colme.

Pero es en balde: de rehusarlo a todos
sobran razones:
que no es improvisar un panegírico
cosa mediocre;
que este tose; que el otro poco sabe
sobre San Roque;
que esto; que aquello... En fin, que no hay ninguno
que el riesgo afronte.

Y, pues insiste el clérigo en que apenas
que a casa torne
sin palabra de vida tanta gente,
uno responde:

—Si para usted la empresa es tan sencilla,
valiente joven,
allí el púlpito está; suba.

—Sí, vaya:

suba y sermone,
le oiremos con placer— agrega el coro
de sacerdotes.

Y Juan, que no esperaba la salida,
luego la acoge
como si fuera intimación del Cielo,
y (pues conforme
se muestra el señor Cura de Cinzano,
que de él conoce
lo que cuenta Comollo, su sobrino)
invoca el nombre
de la Madre de Dios, y con sereno
y humilde porte
va el púlpito a ocupar, y el pueblo escucha
absorto al joven,
que discurre tan grave y elocuente
sobre San Roque,
cual no hay memoria que mejor lo hiciera
nadie hasta entonces,
y aun haciéndose cruces han quedado
los sacerdotes.



9. Mensaje de ultratumba.

Inconsolable está Bosco.
Comollo, su amigo, ha muerto.
Él lo ha asistido piadoso
hasta el postrimer momento;
ha recibido de su alma
el ruego de amor postrero,
y le ha cerrado los ojos,
y lo ha compuesto en su féretro,
y lo ha acompañado al sitio
de reposo de sus restos,
que es, por su fama de santo,
de San Felipe en el templo.

* * *

En el amplio dormitorio
duermen ya sus compañeros;
Bosco nó. Del santo amigo
tal le ocupa el pensamiento
que es difícil que esa noche
pueda conciliar el sueño.

Dan las doce. De improviso,
del fondo del claustro externo
llega un rumor cavernoso
que se agranda por momentos.
Todos despiertan. ¿Qué pasa?
¿No es el terremoto aquello?
¿Son rudos carros que chocan
o es de guerra horrible trueno?

Tiemblan los pesados muros;
tiemblan pavimento y techo,
como si los sacudieran
gigantes puños de hierro.

Y no habla nadie. En los labios
las palabras hiela el miedo.
Y el miedo fija los ojos
y petrifica los cuerpos.

La puerta de par en par
ábrese sola. El estrépito
que ya el dormitorio invade
va horriblemente creciendo.
Lánguida luz policroma
parpadea entre los lechos.

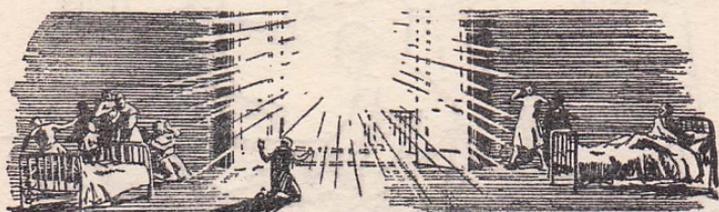
De repente el fragor cesa;
reina espantoso silencio;
la luz lánguida se aviva,
y claro se oye un acento:
la misma voz de Comollo
que este mensaje estupendo
tres veces repite: "¡Bosco!
¡Me he salvado!"

Brillo inmenso,
inunda el recinto entonces,
como de sol. Mas de nuevo,
con acrecida pujanza,
torna el pavoroso estruendo.

Parece que allí concentra
todas sus iras el Cielo.
Pero sólo es un instante:
fragor y luz cesan luego.

Y apenas entonces todos
recobran su movimiento,
mas nó la serenidad.
Saltan medrosos del lecho;

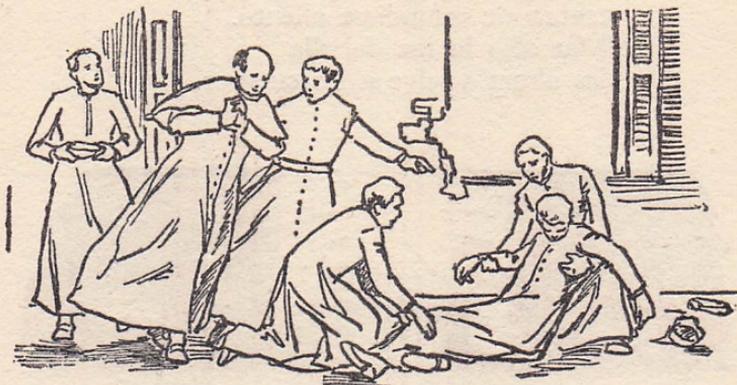
andan sin tino, y, ya juntos,
tratan de infundirse aliento.
Mas sólo la luz del día
las almas vuelve a los cuerpos.



* * *

Bosco ha quedado en su cama;
pero su pavor fué inmenso:
fué quizá la vez primera
que en la vida sintió miedo.
Y el pobre se está acusando
de temerario e indiscreto:
nunca debió haber concluído
con su amigo aquel acuerdo:
que de los dos quien el mundo
abandonase primero,
habría anunciado al otro
su suerte en el día eterno.
Tanta indiscreción la vida
casi le cuesta al buen clérigo.
¡Ah, y varios años de achaques
serán del caso el recuerdo!

¡Ay del mortal que presume
poner su espíritu enteco
en contacto, de ultratumba
con sobrehumanos misterios!



10. Un rayo.

Si uno se entrega al estudio
con vivo empeño de amor,
ni llega a advertir que el tiempo
huye en carrera veloz.

Tres años de teología
Bosco el clérigo cumplió,
tres años desaparecidos
lo mismo que exhalación.

Mañana saldrá de Chieri,
y antes de ponerse el sol
irá de Bequi llegando
al risueño amado alcor.

¿Y qué tiempo hará mañana,
porque no es tan bueno el de hoy?
Llueve, y Juan la esfera escruta,
asomándose al balcón.

¡Cielos! Fatídico rayo
con espantoso fragor
va a dar en el parapeto
en que el joven se apoyó.
Saltan los ladrillos rotos,
y uno, cual tremenda coz,
alcanza a Juan y de espaldas
lo tumba en la habitación.
Varios solícitos corren
y se llenan de pavor:
ya le tienen por difunto
y encomiendan su alma a Dios.
A la cama lo trasportan
y van por la extremaunción,
cuando el joven se sacude,
mira extrañado en redor,
cual si quisiera entender
qué hace allí, quién le llevó...
Al fin lo entiende, sonrío
y se alza de sopetón.



Y recuerda que mañana,
antes de ponerse el sol,
estará llegando a Bequi,
donde está su corazón.

En Bequi, cabe la madre
y hermanos, que Dios le dió,
y entre chicos que lo esperan,
pasará su vacación.

Y después, a los estudios
con nuevo empeño de amor,
a aproximarse a la meta,
en curso recio y veloz.

* * *

Mas ¡cuidado, Juan, cuidado!
Luzbel te busca traidor.
Si hoy Luzbel no te fulmina,
es que no lo quiso Dios.



II. Al dejar el nido.

No es ya Bosco el joven que anda desalado
tras lauros caducos de juglar errátil.
De augustos mesteres de la clerecía
le aguijan ahora ansias inmortales.

Su avidéz de ciencia, virtud y belleza
abrevó seis años en los hontanares
de frescura eterna, que el roquedo mana
de las Escrituras y los Santos Padres.

Poderosas lumbres su mente avigoran.
Pasma a sus maestros sabios, que lo aplauden
y la mejor palma siempre le adjudican,
pues para él ha sido triunfo cada examen.

Premio a sus saberes son los nuevos grados
con que va escalando soñados alcázares.
Su pecho la estola diaconal ya cruza,
y alzará mañana de su amor el cáliz.

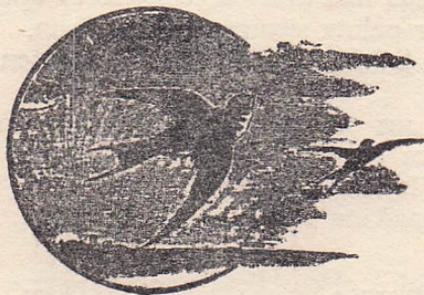
¡Qué júbilo!... Pero flota alguna nube:
de su Seminario deberá alejarse,
del nidal querido de santos amores,
del taller divino de heroicos afanes.

¡Qué recuerdos deja dentro de esos muros,
donde es cada piedra místico lenguaje
que habla de hechos nobles de dulces amigos,
y de superiores refiere bondades!

Nó: tales recuerdos, por los viejos claustros
¡ay! perdidos, nunca dejará al marcharse.
Su alma para ellos será un cofre de oro;
más: ¡un relicario de vivos diamantes!

Pero ¡si él tampoco se marchará al cabo!
¡Si allí de su alma quedará una parte!
Y, aunque él ni lo piensa, los patios, las aulas
¡vivirán ya acaso sin su dulce imagen?

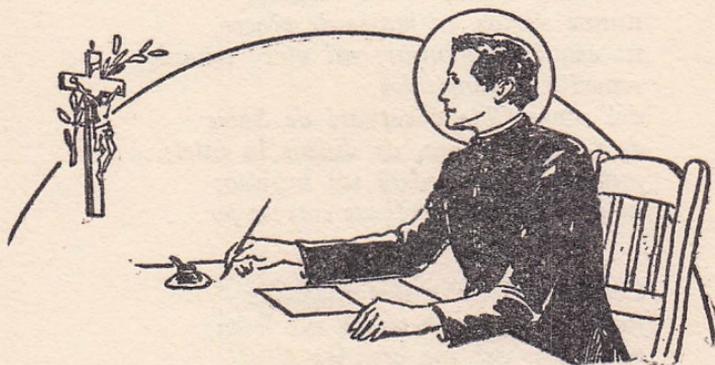
Pasarán los años, lustros y decenios,
y orgullosa Chieri dirá a los que pasen
curiosos de glorias: "¡Ved! ¡Aquí Juan Bosco
con virtud y ciencia cinceló su cáliz!"



Horas de Tabor.

12. Lo que he de ser.

Está en Turín el diácono Juan Bosco.
Ya a la cumbre del monte va a ascender;
pero antes en la Casa de Ejercicios



ha vivido su breve Nazaret;
como el Maestro Santo,
su verbo irá a sembrar sólo después.

Sentado está a modesta escribanía.
Tiene un Cristo delante, en la pared.
Lo mira con amor inexpresable

y se inclina después sobre el papel
para fiarle estas letras:

*“¡Haz que sea, oh Señor, lo que he de ser!
tu sacerdote no va solo al Cielo,
ni al abismo tal vez:
las almas que le entregues,
adonde vaya seguirán tras él.
Yo quiero que las mías lleguen todas
al cortejo de pajes de tu Edén.*

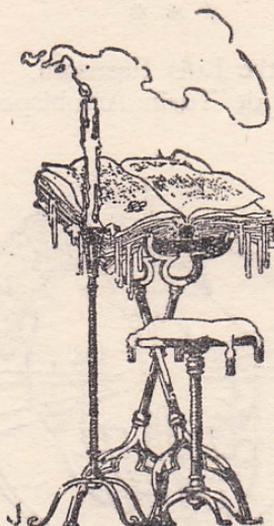
*Si mártir debo ser para alcanzarlo,
¡lo juro, lo seré!
¡Por ellas, por las almas, cualquier cosa!
Humillación, y frío, y hambre, y sed;
incesante labor, sueño medido,
nunca siestas, ni viajes de placer,
ni exquisito manjar; mi vino, aguado,
remedio a languidez;
del santo Obispo copiaré de Sales
de amor el fuego, de dulzor la miel;
jamás al ocio cederé un minuto;
ni a pláticas superfluas con mujer...*

*Contigo, sí, coloquios inefables
junto al Sagrario tejeré, mi Bien;
para que así me enseñes
a ser pastor cumplido de tu grey
y a entrar con ella un día
en tus feraces prados de Salén,
¡que sólo así, con tu divina ayuda,
podré ser, oh Señor, lo que he de ser!...*”

Y otra vez, con amor inexpressable,
mira al Cristo que pende en la pared,

cual si le preguntara: "¡Vida mía!
¿te agrada que este escrito sea mi ley!",
y le parece oír: "¡Hijo, me agrada!"
en tono de inefable placidez.

Y el diácono Juan Bosco
su firma entera estampa en el papel,
como sello indeleble
del juramento de su eterna fe.

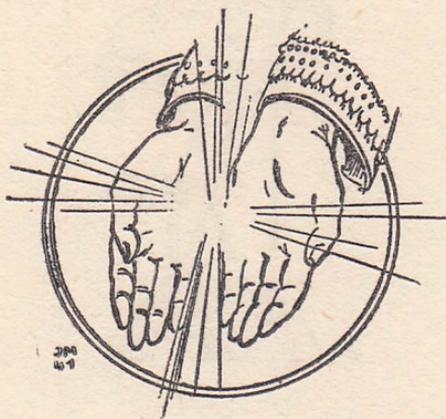


13. Trasfiguración del Tabor.

¡Junio del cuarenta y uno!
¡Y su corazón, el cinco,
que es para Bosco la meta
de veinte años de suspiros!

* * *

El ilustre Luis Fransoni,
que es de Turín Arzobispo,



al diácono fervoroso
con el santo crisma ha ungido.
¡Instante de luz, de gloria,
que da a la Iglesia de Cristo

un florón del sacerdote,
que será apóstol del siglo!

* * *

De emociones inefables
deshecho en suave deliquio
y emperlado en llanto el rostro,
de Dios el nuevo Ministro
en honda oración se abisma
después del sublime oficio.
A otros mundos le parece
que vuela en raptó su espíritu.
Ve maravillas envueltas
en resplandores divinos;
percibe dulces efluvios
de aromas paradisíacos;
oye cantos deleitosos
de dulzores infinitos,
al són de órganos que fluyen
como ondas de inmenso río;
y acorde con el conjunto,
destacándose distinto,
con blandura ultraterrena
llega este acento a su oído:

*“Ese que ante el ara veis,
gentes del mundo, es mi hijo,
manantial de mis delicias;
por él voy a hablar: oídlo”.*

¡Oh palabras soberanas!
¡las mismas que ya por Cristo
el Tabor le escuchó al Padre
y escucharon tres testigos!

¡Ah! Ya el novel sacerdote
todo aquello ha comprendido:

Dios lo ha encumbrado al Tabor
tras el abrupto camino.
Y allí está trasfigurado:
que él ya no es el vaquerillo,
ni el juglar, ni el lugareño,
ni el prófugo, ni el mendigo.
él es desde hoy... ¡Cielo santo!
¡lo entendió bien?... ¡alter Christus!
¡Otro Jesús!... Y por eso
lo ha llamado el Padre su hijo.

“¡Ah Señor, cuánto de Bequi
has amado al pastorcito!
¡Cómo del cieno has alzado
a indigente campesino
y lo admites de magnates
a la mesa y al concilio!
¡Las dichas de este Tabor
bien valen nuevos martirios!
Tras el Tabor, el Calvario
Cristo escaló, y yo seguirlo
con mis cruces también quiero...
Mas después ¡el paraíso!”...

* * *

Rompe el coloquio un recado
del magnánimo Arzobispo
que en la mesa de su casa
espera al reciente Ungido.

14. Divina penumbra.

Celebra el mundo la fiesta
de la augusta Trinidad.
A adorarla inmensa gente
hoy va al templo secular
de San Francisco de Asís,
do, por uso inmemorial,
a la Virgen de las Gracias
hoy se venera además.

* * *



Tras un simple monacillo,
joven sacerdote va,
de encendidos serafines
con la emoción y piedad,
a celebrar en el bello
altar del Ángel Guardián,

sito en callada penumbra
de una nave lateral.

Nadie le conoce, y ¿quién
de entre los fieles sabrá
que esa es la misa primera
que va en su vida a oficiar?
Por eso otro sacerdote,
que destella santidad,
para guiarle en cualquier duda
le acompaña en el altar.

¡Nuevo Ungido, nuevo Ungido,
que el misterio divinal
oficias sin el atuendo
que acostumbran los demás!,
tu dicha gozar prefieres
con Dios en la soledad,
que ¡es la mayor de las dichas
a solas con Dios gozar!

¡Oh, si supieran los fieles
que hoy en San Francisco están
quién es ese sacerdote
y quién mañana será!
Mas ni saben que *Don Bosco*
le han empezado a llamar,
ni el ansia con que lo esperan
en su parroquia natal;
ni que doquier muy en breve
mil prodigios contarán
que ha de obrar ese *Don Bosco*
en esta misma ciudad.
¡Si supieran que su nombre
volará de mar a mar,

y en templo y plaza su imagen
tendrá más de un pedestal!

¡Y si supieran que el mundo
con toda solemnidad
celebrará de esa misa
humilde el siglo cabal,
y que entonces dondequiera,
esa fecha al recordar,
pinceles, liras y bronces
himno eterno le dirán!

Mas no saben ni siquiera
que el misterio divinal
celebra sin el atuendo
con que suelen los demás,
junto a un santo, en la capilla
del querido Ángel Guardián,
recatada en la penumbra
de la nave lateral,
porque gozar ha resuelto
con Cristo en la soledad,
¡que es la mayor de las dichas
con Cristo a solas gozar!



15. Ofertorio.

¡Sacerdote, que te hurtas
a la atención de los fieles
para mejor a tus solas
con tu Bien entretenerte!,
¿capaz de contar serías
los espíritus celestes
que en esa dulce penumbra
te cortejan reverentes?

Las manos ven temblorosas
con que tu hostia y vino ofreces,
hostia de granados trigos,
vino de vides de reyes.

Has alzado la patena,
y tus ojos se humedecen
en suave llanto. Es que en la hostia
más que el pan común adviertes:
¡el pan de toda tu vida,
pan amasado con hieles,
repulsas, golpes, desvelos,
hambre, abandono, esquiveces!

Y el áureo cáliz levantas,
y su vino te parece
¡el zumo de los ajenos
del lagar de tus ayeres!

¡Llanto suave, llanto dulce,
 el que en tu faz resplandece!
 ¡Llanto de místicos goces!
 ¡Llanto de impensadas mieles!
 ¡Cómo te paga el Señor
 con divinos intereses!
 ¡Cómo querrías que ahora
 tus penas por él creciesen!



Y de amante agradecido
 el ofertorio engrandesces
 porque en la patena y cáliz
 todos tus tesoros viertes:
 las andanzas y martirios
 de ayer, los de hoy, los de siempre:
 "¡Todo por Ti, Vida mía,
 en holocausto perenne!"

* * *

Y a Cristo llevan tu ofrenda
los espíritus celestes,
que pueblan esa penumbra
curiosos y reverentes.
Y Cristo, al verla, sonríe,
y su sonrisa florece
en el cerco de fulgores
que canonizan tu frente.



16. Memento.

El instante ha llegado de los recuerdos.
¡Ved a Don Bosco
inmóvil en el medio del altar santo,
bajos los ojos,
las manos ante el pecho, los labios juntos,
cual mudo y sordo!...

Imágenes queridas está evocando,
en desahogo
de gratitud profunda: la de su madre;
de ella, ante todo,
que fué heroína y mártir porque él no hallara
piedras ni estorbos
en la ascensión sagrada... ¡Dios la bendiga!
Ella el tesoro
le entregó de su vida, y él los del Cielo
déle en retorno.
¡Madre del sacerdote, tu madre es, Cristo!
¡Dale tu solio!...

Evoca al buen hermano, que le dió alientos,
José piadoso;
y al que lo perseguía, mas nó por malo,
sino por corto.
Y pasan los que fueron en sus andanzas
buenos patronos:
sus tíos, los paternos amos de Moglia,
de Castelnuovo

el buen Cura y sus otros cooperadores;
pasan los doctos
maestros que le dieron virtud y ciencia
y, sobre todos,
el santo Don Cafasso, que de sus luces
le brindó el oro
y está allí en la Montaña bien a su lado,
ángel devoto.
A todos los envuelva Dios en oleadas
de inmenso gozo.
También al Padre Santo, y a sus obispos,
y al clero todo,
y a los niños y jóvenes, que la pupila
son de sus ojos...

* * *

Quando la Hostia sagrada ya no es harina,
mas Jesús sólo;
y, viéndolo delante, con él entabla
cordial coloquio,
¡cómo recuerda entonces a sus difuntos,
de nuevo absorto!

Descanso y vida eterna déle a su padre,
corazón de oro,
que, muriendo, pensaba sólo en su amado
postrer retoño;
descanso a la abuelita, la de los cuentos
de hadas y de ogros,
a quien sus travesuras de niño acaso
dieron enojos.

Y allí luego aparece la dulce imagen
de Don Calosso,
el sacerdote amigo, padre de su alma,
maestro pródigo,

que, amén de ciencia y techo, dejarle quiso
aun sus ahorros...
y ¡soñó en ese instante!... ¡Cierto, hoy lo mira
con alborozo!...

Y luego desfilando por su memoria
van tantos otros
que le amaron. ¡Desate Dios sus cadenas
del purgatorio!

* * *

¡Qué alma agradecida! ¡Y, como hoy, siempre
será Don Bosco!
¡Y siempre de su Siervo, Dios las plegarias
oírás piadoso!



17. La palabra eficaz.

Al Dios que en el Pan humilde
infinitudes oculta,
ya por todos ha rogado
con cariciosa ternura.
Ahora para su vida
Don Bosco un rezo articula
con sed de fuego que abrasa,
con voz de aura que susurra:

*“Dicen que a tu sacerdote,
¡Señor!, no le niegas nunca
lo que en su primera misa
para sí mismo formula.
Si es así, cual bien lo creo,
lo que hoy yo te pido escucha:
¡Da a mi palabra un tantico
de la virtud de las tuyas!
Debo yo tus maravillas
renovar en las criaturas;
y ¿qué haré si mi palabra
con tu poder no fecundas?*

*No te pido la solemne
palabra de las tribunas;
la que en la cátedra asombra
o en los púlpitos deslumbra;
no te pido la que aplausos
de las asambleas busca,
ni la que truena en arranques
de elocuencia tremebunda.*

*Nó, Señor: pido la humilde,
que como lámpara alumbra;
la que a las almas descende
como bendición de lluvia;
la que de vida las nutre;
la que en las luchas escuda;
la que en sus noches resuena
cual voz que orienta oportuna.*

*Dame palabra que heridas
de los corazones cura;
que, cual bálsamo, suaviza;
que, como jazmín, perfuma;
que, como llama, del vicio
los torpes lazos destruya;
que, cual semilla, deponga
germen vital en la hondura.*

*Haz que también, si es preciso,
miedos de salud infunda,
y tenga filos de espada,
de cauterio llama cruda,
torcedor que para bien
mentidas paces enturbia,
relámpagos y clangores
que apocalipsis anuncian.*

*¡Ah! Avigora mi palabra
con la savia de la tuya,
y así de niños la escuchen
y de jóvenes las turbas.
¡Todos, Señor! Mas los niños
y los jóvenes acudan
en mi palabra a beber,
más que ninguno, ventura.*

*Y tu palabra, hecha mía,
cual mágica voz los urja
a conquistar los ideales
de tus divinas alturas.
¡Ah! ¡Y que mi voz nunca tronche
la caña que el viento tumba,
ni de algún pabilo extinga
la tenue luz moribunda.
¡Cual la tuya, mi palabra
redima, señale rutas;
y, cual la tuya, también
almas arranque a sus tumbas!"*

* * *

Bien del novel sacerdote
Cristo las preces escucha
y en palabra de hombre infunde
virtud de Dios de la suya.

Y, como un ángel, Don Bosco
celebrando continúa
de San Francisco de Asís
en la amplia iglesia vetusta,
y está feliz, aun sin pompa
de luces, flores y música,
porque, dueño de su Dios,
goza un cielo en su penumbra.



18. Campanas de Castelnuovo.

¡CORPUS del cuarenta y uno!
¡Fecha inolvidable! ¡Fecha
que Castelnuovo en su historia
ha escrito con luz de estrellas!

El sol, el cielo, el sembrado,
colinas, riachos y olmedas
con flores, aves y brisas
lucen sus pompas de fiesta.

* * *

Son las diez. Hay en las calles
más vaivén que en días de feria.
Los humildes lugareños
sacan hoy sus opulencias.
Pone el júbilo en los rostros
frescuras de primavera
y más alma en los saludos
que se dan los que se encuentran.

Se han ido formando grupos,
donde en voz alta conversan;
en voz alta, por si quieren
que unos a otros se entiendan,
pues se han puesto hoy tan sonoras
las campanas de la iglesia,
que están su alborozo oyendo
las más lejanas aldeas.

¿Y qué mucho si es el *Corpus*,
 del Sol de soles la fiesta,
 del Sol que en todos los seres
 divinos goces destella?
 ¡Ah, es que este *Corpus* al pueblo
 le ha traído dicha nueva,
 dicha cristiana que todos
 desde mucho atrás esperan!

¿No lo oís en esos grupos
 donde en voz alta conversan?

—¡Ah! ¡El hijo de Margarita
 al fin alcanzó la meta!
 —¡Y bien que lo ha merecido!
 Hoy Dios su constancia premia.
 —¡Pobrecito! ¡Las penurias
 que ha pasado!

—¿No recuerdas
 que aun debió, como mendigo,
 implorar de puerta en puerta?
 —Haberle en algo ayudado
 ¡cuánto, por cierto, me alegra!
 —Y a mí.

—Y a mí. Mejor nunca
 he empleado yo unas monedas.
 —¡Esa es vocación! ¿Le exige
 ir contra viento y marea?
 ¡Allá irá!

—Pues ¿quién diría
 que el que bailaba en la cuerda,
 y a los árboles trepaba,
 y mostraba mil destrezas,
 todo un *Don Bosco* hoy sería?
 —¡Gloria de este pueblo excelsa!
 —¡Gloria de su santa madre!

—¡Y de Bequi!
—¡Y gloria nuestra!
—Vamos a oírle cantar.
—Vamos, sí: la misa empieza.

* * *



En la iglesia han ocupado
lugares de preferencia
Margarita, que en el alma
su dicha a encerrar no acierta,
los hermanos y demás
de la humilde parentela.

Amplia es la iglesia, y la gente
de bote en bote la llena,

y aquel día Castelnuovo
vió que era chica su iglesia;
muchos fueron los que entraron;
muchos más quedaron fuera.

Hasta afuera la voz dulce,
de emoción vibrante, llega
del misacantano, que es
nuevó orgullo de esa tierra.
El coro canta con brío;
el viejo organista emplea
todo su afán, y cautiva
del orador la elocuencia.
¡Con cuánta unción siguen todos
paso a paso al que celebra!
No son pocos los que lloran.
Todos con Don Bosco rezan.
Y más cuando al fin el *Corpus*
solemnemente pasea
por las calles que el recuerdo
del juglarcito despiertan.

Después todos a porfía
las sagradas manos besan,
mientras, locos de alborozo,
los bronces repiquetean.

* * *

¡*Corpus* del cuarenta y uno!
¡Página de luz de estrellas,
que al orbe hoy, después de un siglo,
Castelnuovo ufano enseña!

19. El tedéum del ocaso.

De Corpus la función conmovedora
ha tocado a su fin. El arcipreste
Don Antonio Cinzano al sacerdote
novel dedica opíparo banquete,
con que muestra a su joven protegido
el amor paternal con que lo quiere.
Invitados de honor son Margarita,
autoridades, clérigos, parientes.
Pocas veces en torno de su mesa
congregó el señor Cura tanta gente.
Pocas veces reinó tanta alegría
en esa rectoral. ¡Cómo enaltecen
de Don Bosco el talento y las virtudes,
que el martirio labró con sus cinceles!
¡Cuántas enhorabuenas a la madre,
que ha forjado un apóstol de ese temple!
Y hubo brindis, y músicas, y aplausos,
de la mesa entre mil exquisiteces.
Y en tanto regocijo Castelnuovo
ya de Don Bosco el pedestal presente.

* * *

Cuando comienza a atardecer, Don Bosco
junto a su madre se encamina a Bequi.

¡Oh, la riente casona que allá arriba,
nimbada con la luz de aquel poniente,
canta el poema de la bienllegada
a su Jacob que al fin triunfante vuelve!

¡Oh, los recuerdos de la edad de rosas,
que salen a su encuentro a enternecerle
de cada seto, o pino, o alquería!
¡Cómo su infancia toda reverdece!



¡Y allí está el prado aquel, el de su sueño,
el de la fiera banda de pilletes,
el del Señor de soberano porte,
el de la Dama singular!... Y aun cree
oír su voz: "No temas: a su tiempo
todo lo entenderás"...

¡Y ahora entiende!
Ya el vaquerillo pobre e ignorante
podrá de aquella multitud rebelde
ser el maestro de verdad eterna:
¡salió pastor, y sacerdote vuelve!

"¡Qué inescrutables son, oh Providencia,
tus designios de amor! ¡Oh, sí, realmente
la divina Bondad a oscuro niño

*del fango recogió para ascenderle
al sitial más excelso de su Corte!"*

Y se troncha su voz. En vano quiere
dominar la emoción, que se desborda
de tierno llanto en el tributo ardiente.

Del hijo sacerdote, Margarita
también la inmensa gratitud comprende.
Camina un rato silenciosa, y luego
ella tampoco refrenarse puede.
Y ambos llantos, del hijo y de la madre,
en un dúo magnífico florecen,
que un tedéum de amor a Dios le canta
de aquel ocaso en la quietud solemne.



20. Da mihi ánimas; caétera tolle.

Con su fardo de emociones
el día llega a su fin.
Las emociones reclaman
del reposo el elixir.

De Bequi en la casa pobre,
pobre como la de Asís,
rezan las preces nocturnas
con candidez infantil;
después la madre, que al hijo
algo le quiere decir,
lo contempla con ternura,
y rompe a hablar luego así:

— ¡Hijo! Eres ya sacerdote;
celebras la misa, oh Juan,
y así, de Jesús más cerca
en adelante estarás.
Pero, escúchame: no olvides
que el que empieza a celebrar,
su cerviz siente doblarse
del súfrimiento al dogal.
Con el fervor de estos días
no lo advertirás quizá;
mas ya verás si tu madre
no te ha dicho la verdad.

Cada día, no lo dudo,
tu firme afecto filial
en el divino Holocausto
a Dios me encomendará,

*sea que goce aún de vida,
sea que duerma ya en paz.
¡Tu pobre madre, hijo mío,
no alienta mayor afán!*

*No pienses sino en las almas;
sólo en salvarlas, de hoy más:
que nunca, Juan, te preocupe
de tu madre el bienestar.
Y mira: solemnemente
mi lengua hoy repetirá
lo mismo que te dijera
algunos años atrás.*

*Nada de tu ministerio
me atreví nunca a esperar;
¡ni de él jamás aceptara
ninguna comodidad!
Pobre nació, vivo pobre
y pobre me enterrarán.
Y sábelo bien: si un día
—¡líbrete Dios de ese mal!—
usares paño de ricos
para tu ropa talar
y llegares de suntuosa
casa a ser dueño quizá,
tu madre pobre en sus días
ha de trasponer tu umbral,
que ¡de sacerdote rico
no fuera madre jamás!"*

*—¡Nó, madre, nó! Su enseñanza
siempre he cumplido leal,
y por ella he ascendido
del Monte augusto al altar.
Sus palabras de hoy la cifra
de mi programa serán:*

*¡Digno he de ser de tal madre!
"¡Almas, almas! ¡Nada más!"*

* * *

De Bequi en aquella noche,
se hablaron los dos así:
la madre robusta y santa
y el hijo santo y viril.

Con tal hijo a Margarita
no le asusta el porvenir;
sonrisa y llanto se mezclan
en su semblante feliz.
Mira al hijo sacerdote
con dulce mirar, y al fin
su sagrada mano besa
con materno frenesí.

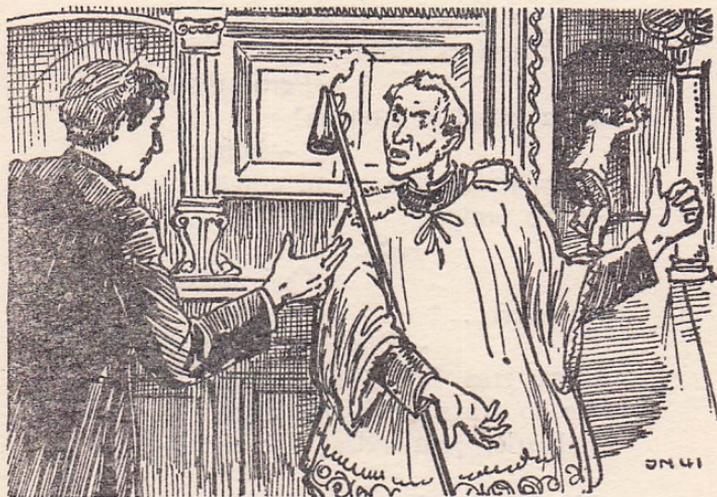
Y se dan las buenas noches,
y, mientras Juan va a dormir,
reza: "¡Señor! ¿podré nunca
pagarte una madre así?"



21. La hora de Dios.

¡Oh mañana memorable
de solemnísimos día,
en que cientos de campanas
alborozadas repican!

Es el ocho de diciembre:
la fiesta de la Purísima,
que la ciudad de Turín
con boato solemniza.



En Turín está En Escoc,
en el templo, do lo inicia

su protector Don Cafasso
en las faenas divinas.

De San Francisco de Asís
ha entrado en la sacristía,
y de hinojos se prepara
a decir la santa Misa.
De súbito gritos y ayes
su oído sutil lastiman.
Se alza, acude, y lo que ve
su alma ternísima indigna.

Ve al sacristán que descarga
sobre un muchacho sus iras.
—¿Qué haces, José? ¿Por qué hieres
a ese chiquillo?— le grita.
—¿Por qué? Porque viene aquí,
y ayudar no sabe a misa.
—¿Y esa es razón?

—Pero ¡diantre!

¿y a usted le interesa?

—Mira:

aquel muchacho es mi amigo.

—¿Su amigo?

—Sí.

—¿Qué podía

yo saber...?

—Bien, ya lo sabes;

corre tras él, y en seguida
me lo traes aquí, que debo
hablarle, ¿entiendes? ¡De prisa!—

Y el sacristán cascarrabias
ve cuál su puesto peligra,
y sale por el rapaz,

que ya de allí lejos iba;
lo alcanza al fin, le asegura
que confundido lo había
con un pillastre, y al cabo
lo reduce a que lo siga
hasta donde el sacerdote
aguarda con ansia viva.
Tiembla aún el chico, y el llanto
brilla aún en sus mejillas;
pero se aquieta no bien
percibe esta voz amiga:
—Hijo, vén; díme: ¿asististe
esta mañana a la misa?
—Aun nó— responde sin miedo.
—Oye, entonces, ésta mía,
y cuando acabe, te vienes
de nuevo aquí, porque, mira,
te interesa que me escuches.
¿Vendrás?

—Sí.

—Dios te bendiga.

* * *

Sale a celebrar Don Bosco.
Parece que luz divina,
al alzar, pone en su rostro
inenarrable sonrisa.
¿Qué habrá visto? ¿Qué secreto
su Dios que en la Hostia palpita
le ha revelado, que el alma
no puede esconder su dicha?

Entre suaves efusiones
la santa Misa termina,
y luego a Dios le da gracias
con el alma enardecida.

Cuando se alza, ve que el niño
le está aguardando en la cita.
—Bien— le dice. —Vénte; vamos
a la habitación contigua.—

Ya en ella, —Ahora— prosigue
—díme cómo te apellidas.
—¿Yo? Bartolomé Garelli.
—¿Cuál es tu tierra nativa?
—Asti.

—¿Vive allí tu padre?
—Nó, que murió, y mi desdicha
es mayor, porque ni madre
me ha quedado ya en la vida.—

Solloza el chico, y Don Bosco
sigue en tono de caricia:
—¡Pobrecito!... ¿Qué edad tienes?
—Con los dieciséis ya frisa.
—¿Sabes algo? ¿Leer?

—Nó, nada.
—Es claro: ¿quién pensaría
en que un huerfanito fuera
a aprender? ¿Tampoco harías
la primera comunión?
—Nó aún; usted lo adivina.
Sólo sí, cuando más chico,
tal vez a confesar iba.
—Y el catecismo ¿lo sabes?
—¿Qué he de saber yo? ¡Ni pizca!
—¿Y nunca con tus amigos
concurres a la doctrina?
—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¡Cómo!
—Sí, de mala figurilla.

—Pues ¿por qué?

—Porque los otros,
más chicos que yo, recitan
todo lo que oyen, y yo,
tan grandote, ni una sílaba.

—¡Oh! ¿Miedo por eso?... ¡A ver!
Dí, Bartolo: ¿no vendrías
si aparte yo te enseñara?



—¿A mí solo? ¡Oh, de esa guisa,
encantado.

—Por ejemplo,
¿si fuera en esta salita?
—¡Ah, de mil amores, siempre
que no me dieran palizas!

—Nó, no temas: ya ninguno
lo hará, y menos, cuando diga
que somos viejos amigos.

¿Ves que la cosa es sencilla?

—Sí, y ¡veo que usted es bueno!
¡Oh, si antes lo conocía!...

—Bien, Bartolo; ¿cuándo entonces

empezamos la doctrina?

—Cuando usted quiera.

—¿Esta tarde?

—Esta tarde. ¿La hora?

—Dista

mucho la tarde; pudieran
surgir estorbos. ¿Qué opinas
si empezásemos ahora?

—Muy bien. Cuanto usted prescriba
con toda el alma lo quiero...

—¡Y eso es tu dicha y mi dicha!...

* * *

Incontinenti Don Bosco
en el suelo se arrodilla
de la Virgen ante el cuadro
que hermosea la salita,
y con el fervor más vivo
que en su corazón se anida
implora una redención
rezando el *avemaría*.

¡Santa plegaria fecunda,
manantial de maravillas!
¡Instante que para el mundo
es de Dios hora elegida!

Una redención implora
a la Virgen sin mancilla,
y la Virgen le regala
redenciones infinitas.

* * *

En el domingo siguiente
ocho golfillos se unían
a Garelli y escuchaban,
tras un juego, la doctrina.

Nuevas decenas llegaron
en las fiestas sucesivas,
y pronto hubo centenares,
¡y aquello fué un mar de espigas!

¡Oh Bartolomé Garelli,
la prodigiosa semilla
que en *Oratorio Festivo*
a los meses florecía!
¡Oh sembrador admirable,
Don Bosco Santo, que hoy miras
cuál el orbe la centuria
de tu siembra solemniza!
¡Y ves cuál el Oratorio
brotado en una salita,
a millares y millares
por doquier se multiplica!

¡Y tú con ellos, por obra
de la Virgen sin mancilla,
das a la patria y al mundo
redenciones infinitas!

* * *

¡Oh mañana memorable
de solemnísimo día,
de aquel ocho de diciembre
en la ciudad cisalpina!
¡Mañana, la de la hora
—¡hora de Dios! — elegida
para aclarar de los tiempos
las siniestras perspectivas!
El mundo en impar concierto,
mientras tu siglo desfila,
¡eche a vuelo sus campanas,
cantando la maravilla!

22. Peregrinaciones.

¡Va creciendo, va creciendo
el Oratorio Festivo!
Ya es estrecha la salita
que vió engendrarse el prodigio.
Ya no caben los rapaces
en el patiecito exiguo,
donde se agrupan en torno
de una vid, que es quizá un símbolo.
Ya ni la amplia sacristía
ni el claustro de San Francisco
de Asís bastan. La colmena
debe buscar otro sitio.

¡Ah! Y la Virgen sin mancilla,
en un sueño peregrino,
a Don Bosco le ha enseñado
dónde tendrá asiento fijo.
Mas mucho tendrá que errar,
cual de Israel el caudillo,
antes que la planta afirme
en el Edén prometido.

Pues, ¡a emigrar, si esos son
del de arriba los designios!...
Mas ¿y a dónde?... Dios dirá,
si la empresa Dios la quiso.

La Marquesa de Barolo
cerca de su Hospitalito
local les da, mas en breve
la desazona el bullicio.

Hallan junto al Cementerio
de San Pedro iglesia, y sitio
para juegos; mas también
topan con fiero enemigo:
es la sirvienta del Cura,



que, airada contra los chicos,
conmina se guarden bien
de volver otro domingo.
Y el Cura también intima,
de sus casillas salido,
que otro domingo a otra parte
se vaya el ható de pillos.

Y en tanto el Cura se aleja,
dice Don Bosco afligido:
— ¡El domingo!. . ¡Desgraciados,
que no verán el domingo!—

Y el lunes se muere el Cura,
de un ataque repentino;
y el miércoles la sirvienta
se va, también de improviso.

— ¡Mano de Dios!— dice el pueblo.
¡Bendición para sus hijos,
y, para quien los persigue,
arco que flecha el castigo!

Ya en la frente de Don Bosco
creen las gentes que ha salido
la aureola de los santos,
de los videntes el nimbo.

Y los muchachos tras él,
cada día más adictos,
de un punto a otro punto andando
rumbo al Edén prometido.



23. Al Santuario de la Virgen del Campo

De lugar en lugar han venido
a asentar el real en un prado.
¡Qué libres retozan en la amplia verdura!
Pero ¿y la capilla, si allí no hay ni un cuarto?



¡Oh, si vierais! ¡Qué cuadro!... Es domingo
de mañana triunfal. Todavía es temprano,
y los chicos ya pasan de ciento,
y sin tregua van otros llegando.

Quién salta, quién corre, quién juega a los bolos;
 otros a soldados;
 a las bochas algunos se ensayan;
 seis o siete más lejos compiten en zancos.

¡Oh! ¡y aquellos?... ¡Qué hacen aquellos
 de rodillas, mirad, en un ángulo?
 Sentado en un tronco vese a un sacerdote,
 y, también de rodillas, a un niño a su lado.
 Es Don Bosco, que allí a sus rapaces
 está confesando.
 Y ¡qué graves, los chicos que aguardan su turno,
 sin que los que juegan vayan a estorbarlos!

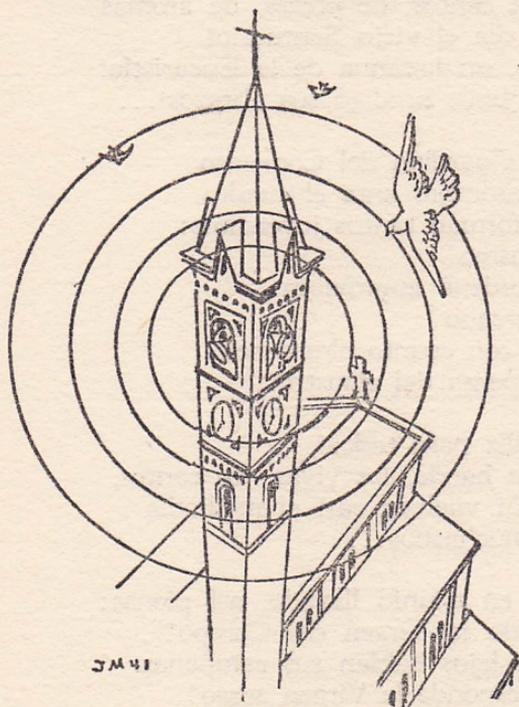
* * *

Son las ocho. El prado contiene
 cerca ya de quinientos muchachos.
 Un clarín se escucha. Los ruidos se apagan,
 y los juegos cesan como por ensalmo.

Buscan todos los ojos entonces
 a Don Bosco, quien, brazos en alto,
 — Hijitos — les dice sonriente, — ya es hora de misa.
 Iremos a oírla a un viejo santuario,
 do los hijos de Asís rinden culto
 a la Virgen sagrada del Campo.
 Rogadle fervientes que su asiento fijo
 al querido Oratorio dé al cabo.
 ¡Y hora, en marcha! —

La turba recibe
 el paterno discurso entre aplausos.
 De orden y silencio da un tambor la seña,
 y resuena en los aires un himno mariano,
 que en las calles distantes imitan los ecos.
 Por la urbe a coro rézase el rosario,
 y mil turineses a las puertas salen
 a ver de romeros el nuevo espectáculo.

Por momentos se escucha la banda,
de clarín compuesta, un tambor cascado,
un violín y una ronca vihuela...
Y entre rezo y cantar van llegando.



Ya han entrado en la umbrosa alameda
que va al templo, y entonces un caso,
que ninguno logra declarar ocurre:
¡Suenan las campanas de aquel campanario!
¿Quién mandó tañerlas? ¿Quién movió sus lenguas?
Hasta ahora es aquello un arcano.
Diz que solas ellas echáronse a vuelo,
o que campaneros, del Cielo bajaron...

¡No sería una prenda divina
de que el Cielo amaba a aquellos muchachos?;
¿de que a aquellas aves el seguro nido
ya iba a darles la Virgen del Campo?
¡De fulgores, de cantos, de preces, de aromas
se pobló aquel día el viejo Santuario!
¡Fué un triunfo, un hosanna de la Eucaristía!
¡Y a los niños Jesús prodigó sus abrazos!...

El buen Padre Guardián del Convento
no reprime su asombro ante el cuadro
de piedad que forman tantos jovencitos:
bulle de entusiasmo
y a sus legos ordena improvisen
en el huerto cercano
lauto desayuno con cuanto almacenen
la cocina y despensa del claustro.

¡Qué jornada feliz para todos!
Bien lo dicen la banda, los vivas, los cantos,
con que a Turín vuelven casi al mediodía
los quinientos muchachos...

Y Don Bosco, en triunfo llevado, así piensa:
"¿Me habrá oído la Virgen del Campo?",
y oye que a lo lejos hablan sus campanas.
¿Qué dirán? ¿Responde la Virgen acaso?

* * *

Era aquel domingo
un glorioso Domingo de Ramos.
¡Pero ¡ay! Viernes Santo le ha seguido al triunfo!...

Y al fin ¿no sucede la Pascua al Calvario?...

24. Tarde de angustia.

¡Triste la tarde de Ramos
del cuarenta y seis!

Vivaces,
tras plegaria y catequesis,
sin cuidado que los ate,
los pilluelos de Don Bosco
al juego que más les place
dados están: su algaraza
pregona felicidades.



Mientras el júbilo inunda
a esta niñez, por contraste,
parda niebla de amargura
envuelve a su amigo y padre.

¡Don Bosco! ¡Pobre Don Bosco!
Le han dicho que aquella tarde
es la postrera en que pueden
jugar allí sus rapaces.
¿A dó irán después, si todos
los echan de todas partes?...
¿Por qué aguarles el contento
que ahora gozan? ¿Qué mal hacen?...
¡Y cuántas almas hermosas
hay allí! ¡Cuántas, que atraen
las bendiciones del cielo,
porque, aunque ardillas, son ángeles!...
¡Ya no sabe qué ha de hacer!...
Se le van los ayudantes...
Se siente enfermo; una fiebre
lo va asediando implacable...

Con tan hondos pensamientos,
mientras huelgan sus rapaces,
se ha ido a pasear a solas
donde no le estorbe nadie.

¡A solas él! ¡él, que siempre,
de niños en todo enjambre
fué el centro vital, y a ellos
se entregó como una madre!
¡Sí, con los miedos a solas
de que torvos gavilanes
devoren sus golondrinas
sin alero en que ampararse!

Por eso, con sus temores,
tan cruel angustia le invade,
que el alma le huye a los ojos,
rota de llanto en raudales.

Y mirando al Cielo, exclama
 con acento sollozante:
 "¿Por qué, Señor, no me muestras
 el lugar que Tú bien sabes,
 donde a estas almas recoja
 y del vicio las ampare?
 ¡Muéstramelo al fin, y dime
 qué he de hacer para agradarte!"

* * *

¡Bondad de Dios! Aun no acaba
 de proferir estos ayes,
 cuando ve acercarse un hombre
 que lo invita a acompañarle.
 ¿Está despierto o soñando?
 Tras el hombre al punto sale...

¡Ya su noche se deslíe
 de un alba en las claridades!

* * *

Entretanto el alborozo
 en el prado no decae,
 que, cuando los niños juegan,
 ¿qué han de saber de pesares?,
 ¿qué han de saber de las hieles
 que ha apurado aquella tarde,
 sólo por ellos, Don Bosco,
 que los quiere más que un padre?

¡Don Bosco! Vedlo: retorna,
 trasfigurado el semblante.
 Palmotea, llama, y todos
 luego acuden.

—¿Qué nos trae?—
 dicen algunos. —¿Qué alegre

está usted, Don Bosco! ¡Hable!—

Y él, con la voz temblorosa
de emoción, clama:

—¡Escuchadme!
¡Una gran noticia, hijitos!
¡Dios ya nos dió campo estable!...
¡Ya tendréis iglesia, y aulas,
y patios para solaces!...
Allá iremos el domingo;
sentaremos los reales
¡y ya de allí no saldremos!...
¡Es la casa de Pinardi!...—

¡Quién describiera la escena
de entusiasmo irrefrenable!
Saltan, corren, palmorean,
tiran las gorras al aire.
Y Don Bosco, de alegría
suelta el llanto, y, en arranque
de gratitud, allí entona
oraciones y cantares
a aquella Virgen del Campo
que ha trocado en realidades
el ruego de la mañana!...
¡Siempre Ella! ¡La dulce Madre!



25. Valdoco.

¡La Pascua! ¡Otra vez la Pascua
en el camino triunfal
que te ha mostrado, oh Don Bosco,
de la Virgen la bondad!
¡La Pascua, que es como un iris
tras tu angustioso huracán!
¡La Pascua, riente presagio
de esplendores y de paz!

Tu Virgen, de sus promesas
te ha llevado al sitio ya,
que desde hoy de tus pilluelos
es para siempre el hogar.

* * *

¡Valdoco, rincón oscuro,
hasta ayer triste arrabal,
covacha hedionda del hampa
de esa señoril ciudad!
¡Oh, si supieras, Valdoco,
lo que mañana serás!
¡Si supieras el renombre
que esos chicos te darán!
¡Si supieras qué familia
de inmensa fertilidad
en tus límites estrechos
has empezado a albergar!

Hoy tu mísero tinglado,
bajo, angosto e incapaz,
de Dios es humilde templo...
¡Dios, de tu obra pedestal!...

Don Bosco, que lo bendice,
lo ha querido dedicar
a San Francisco de Sales,
el Santo de la bondad.

Con su pobre capillita
locos de júbilo están
los niños; y, por su patio,
¡qué felices, además!

¡Valdoco! Esos rapazuelos,
que hoy te llaman dulce hogar
que les brinda techo y padre,
mañana tantos serán,
que muchos, cual limpios chorros
de colmado manantial,
saldrán de ti, y otras cuencas
buscarán en la ciudad.
¡Ah, Valdoco! ¡Y esas aguas
de tu Oratorio feraz,
cual de un diluvio de vida,
todo el orbe inundarán!

En todos los continentes,
cuantas poblaciones hay
querrán también como el tuyo
sus Oratorios crear;
Oratorios, que de niños
vivas ciudades serán,
ciudades de ciudadanos
de la patria celestial.

¡Qué mundo enorme de niños
de toda estirpe y lugar,
de todo color e idioma
a Don Bosco aclamará!
¡Y con él irá a postrarse
ante Cristo Rey de Paz,
de María Auxiliadora
bajo el cetro maternal!
¡Y tú, Valdoco, hoy oscuro,
qué gloria entonces tendrás!
¡De todo el mundo de niños
tú serás la capital!

* * *

¡Oh Pascua, que de la Virgen
las promesas va a llenar!
¡Pascua, que le abre a Don Bosco
la nueva ruta triunfal!



26. Amor de hijos.

Don Bosco no está en Turín.
Ya hace tres meses que falta:
entre Castelnuovo y Bequi,
restableciéndose, pasa.
Los trabajos y las penas
casi al buen Padre lo matan,
porque el arco siempre armado
o se quiebra o se relaja.
Si está aún con vida, es portento
que obtuvieron las plegarias
y los votos de sus niños,
¡que no lo aman, lo idolatran!

* * *

Es Don Borel, tierno amigo
de Don Bosco, quien se encarga
de sus niños, y es tan bueno
que entrañablemente lo aman.
Mas Don Borel, bueno y sabio,
que, pródigo, los regala,
no es Don Bosco, y les parece
que, sin él, les falta el alma.
Y el alma se les va a Bequi;
y allá le remiten cartas;
y allá —que dista seis leguas—
aun a verlo en grupos marchan.
Y temen... ¿Sabéis qué temen?...
¡Que se lo roben las almas

de los rudos aldeanitos,
que ya también lo idolatran!

—Venga, Don Bosco,— le dicen,
—que en Turín todos lo aguardan;
¡venga, que, si nó, Valdoco
aquí a Bequi se traslada!—
Y él: —Sed buenos— les contesta;
—rezad, hijos, con constancia,
y me veréis con vosotros
antes que las hojas caigan.—

¡Cómo quieren a Don Bosco!
¡Qué extraño que muchos hayan
querido, como enfermeros,
turnarse en las noches largas;
o hecho a Dios, por su salud,
o a la Virgen *Consolata*,
voto de luengos ayunos
o de prolijas plegarias?

Y Don Bosco, que lo sabe,
—¡Hijitos,— les dice —gracias!
Mi vida ya se extinguía
de la muerte entre las garras;
vosotros se la arrancasteis:
¡es vuestra!... Oíd mi palabra:
¡Mientras aliente, a vosotros
toda debo consagrarla!—

* * *

¿Ha habido hombre que a los niños
cual Don Bosco los amara?
¿Y ha habido niños que a un hombre
como a Don Bosco adoraran?



27. Una joya.

Los pilluelos de Don Bosco
por su salud tanto oran,
que vuelve, según les dijo,
“antes que caigan las hojas”.

¡Ah! A Turín Don Bosco ha vuelto,
y se ha traído una joya,
¡y no es el reloj que acaba
de regalarle Don Vola!
La joya que trae Don Bosco
ni con diamantes se compra:
¡que es su madre Margarita,
que merece una corona!

¡Pobre Margarita! ¡Cuánto
le ha costado su demora
dejar de Bequi, a José
con sus hijitos y esposa!...

Pero Juan se lo ha rogado
para la divina gloria,
¡y por Dios, a cualquier parte!;
¡a Dios todo se lo inmola!

¡Ay, cómo los nietecitos,
viéndola marcharse, l'oran!
Y ella quiere consolarlos,
mas se conmueve y solloza.
Y no cede, y, puesto al brazo
el cestillo de su ropa,
a la vera de su Juan
da el adiós a su casona,
casona dulce y querida,
y al campo que la contorna,
donde cada objeto es cofre
de suavísimas memorias.

* * *

Su nueva casa en Valdoco
es más pobre y más incómoda,
y allí tendrá que pensar
en mil no soñadas cosas.
Pero, en pobreza nacida
y de ella maestra, goza
de que su Juan como pobre
viva, y ande, y vista, y coma.

¡Con cuántos nuevos hijitos
allí se ve! ¡Cuántas bocas
le pedirán alimento,
y calzado, y lecho, y ropa!
¡Y ella dará sus vestidos
y sus recuerdos de bodas
para saciar alguna hambre
o hacer manteles o estolas!

¿Qué mucho que los chiquillos
con tierno amor le responden
a la *Mamá Margarita*,
como afectuosos la nombran?

¡Oh mujer incomparable,
que a Dios te regalas toda,
después de darle en tu hijo
la más refulgente gloria!

Y eres así, Margarita,
de tu terruño la honra,
y, aunque oscura, para Dios,
¡vales más que una matrona!

* * *

¡Oh feliz, Valdoco, el día
en que Don Bosco retorna
para traerte una madre,
que es de las madres la joya!



Gestas de la edad heroica

28. El pastorcillo rey.

¡Qué bien Don Bosco predica!
Como el Divino Maestro,
él jamás discurre sino
con parábolas y ejemplos.
Y cuando habla, sus oyentes
ya no se acuerdan del tiempo;
su palabra hechiza, arrastra
más que la lira de Orfeo.

* * *

Observad cuál para oírlo
han interrumpido el juego,
y, rodeándole, están todos
de su discurso suspensos.
Les está diciendo:

—Dios
ama al que es humilde y bueno.
¿Queréis que del Libro Santo
os lo pruebe con un hecho?
—Sí,— interrumpen; —usted sabe
que nos agradan los cuentos.
—Bien, bien; mas lo que os diré
es historia, que nó cuento.—

Y les narra cómo Dios
castigar tiene resuelto
al rey Saúl, que, orgulloso,
desacató sus preceptos;
y elegir en su lugar,

para que rija a su pueblo,
a otro que, dócil y humilde,
obedezca a Dios primero.
Y va Samuel el vidente,
conforme le ordena el Cielo,
a la casa de Isaí
para buscar al rey nuevo;
y de entre los muchos hijos,
que Samuel observa atento,
escoge, no al más robusto,
no al mayor, ¡al más pequeño,
que es un simple pastorcito,
pero humilde, puro y bueno!
—¡Y al pastorcito David
hizo Dios rey de su pueblo!—
Y así, tan vivaz Don Bosco
pone al episodio término,
que, electrizados, los chicos
vivan al rey pastorzuelo.

Y de pronto un rapaz grita:
—¡Oíd, oíd, compañeros!
¡También nuestro rey ha sido,
cual David, humilde y bueno;
y también de sus hermanos,
cual David, el más pequeño,
y, como él, un pastorcito!
—¡Cómo! ¡El Rey Carlos Alberto?
—¡Qué! ¡Nuestro rey!, ¡de los jóvenes!,
¡el rey de los rapazuelos!,
¡el que la Virgen ha ungido!
¡Don Bosco! ¡Aquí está el rey nuestro!—
—¡Sí! ¡Don Bosco, nuestro rey!
—¡Viva! ¡Viva en este reino!—

Y en una silla a Don Bosco
le han hecho tomar asiento.
Y así sentado, le alzan

los más fornidos y recios,
como en silla gestatoria,
entre clamores frenéticos.



Y se improvisa en los patios
de un rey el triunfal paseo,
en que es el pueblo de niños
el entusiasta cortejo,
que sobre el pavés conduce
al Héroe, y este, sonriendo,
goza en que lo aclamen rey,
¡rey de los hijos del pueblo!

* * *

¡Oh, de inmensas juventudes
Rey querido, manso y bueno!
¡Se han cumplido los cien años
de tu reinado paterno!
¡Que otras mil generaciones,
tus hosannas repitiendo,
por Dios y la Patria cumplan
la ley de amor de tu cetro!

29. El sello de Dios.

¡ALERTA, Don Bosco, alerta,
que parece que el profundo
te las ha jurado, y sólo
acecha trance oportuno!

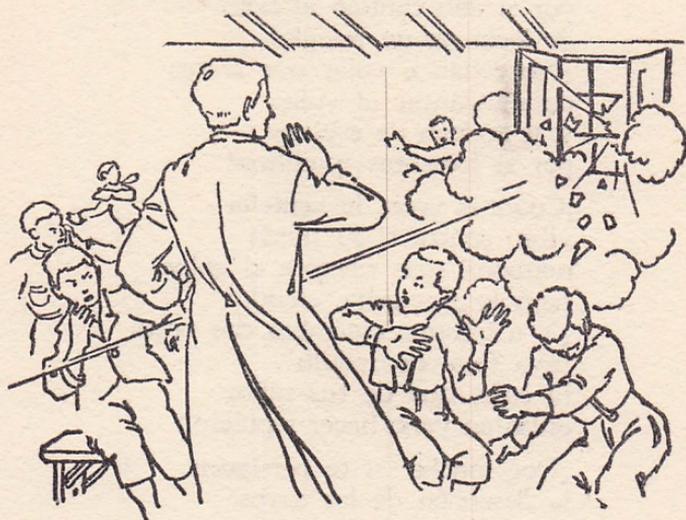
Has retado, caballero
armado de todo punto,
con armas de amor y fe,
al error y al vicio inundo,
y el esclavo del error
y del vicio el torpe súbdito,
en satánico aquellarre
urden tu mal de consuno.

* * *

Está una tarde Don Bosco
hablando a los más adultos.
Ocupan el coro y siguen
sin pestañear el discurso.
De pronto saltan los vidrios
del próximo ventanuco;
pasa un proyectil zumbando
y va a incrustarse en el muro.

¡Santo Dios! ¿Quién medirá
de los muchachos el susto?
Y ¡qué admirable! Don Bosco
no se descompone un punto.
Mas, sonriendo, —¡Cómo!— exclama,
—¿de chanza de tan mal gusto

os espantáis? Los artistas
no son, en verdad, muy duchos.
Siento algo por la sotana
que va a llevar este surco,
y también por el desgarró
que afea la facha al muro.—



La serenidad del Padre
serena también al grupo,
que atento vuelve a escuchar
el reanudado discurso.

* * *

¡Alerta, Don Bosco, alerta,
con los que, en la noche ocultos,
esperan que pases! Dios
tal vez enfermó su pulso.
Tal vez surge en tu defensa
el Gris, misterioso bruto,
que a dentelladas dispersa
la canalla del suburbio.

¡Alerta con ese vino
que te escancia el del tugurio!
¡Alerta, si te reclaman
para asistir moribundos!
¡Alerta, que de tu juicio
van propalando murmurios,
por si dan contigo al cabo
de locos en un refugio!
¿No echan a volar que tratas
de soliviantar al vulgo,
y te rodean de esbirros,
por si fomentas tumultos?
¡Cuántas veces la centella
vibró contra ti su flúido
matador, mas siempre el golpe
paró impenetrable escudo!
¿Y a informe escombros dos veces
rayo fatal no redujo
la casa, que de tus niños
quiso en vano hacer sepulcro?
¿Qué mucho, si te persiguen
la deserción de los tuyos,
las perfidias de los Judas
y la ingratitud de alguno?
¡Lábrale tú la áurea mitra,
síntale en el trono fúlgido!
¡Y él contrastará tus obras,
que mira con ojos turbios!...
¡Alerta, y en Dios confía,
que, para su honor y el tuyo,
estas celadas de Averno
a Dios tolerar le plugo!
¡Por ellas, tu obra es de Dios!
La persecución le puso
el sello de luz que siempre
toda empresa de Dios tuvo!



30. Porfía de amor.

EL Pontífice Pío Nono
vive expatriado en Gaeta.
De todas partes al Papa
filiales óbolos llegan.

Don Bosco, que amor profundo
al Padre Santo profesa,
esta porfía de amores
a sus chiquillos les cuenta,
y ellos, que son obreritos,
del día el sustento merman
para reunir unos céntimos
que también a Pío ofrezcan.

Y un día treinta y tres liras
recibe el Papa en Gaeta.

"Esta es" escribe Don Bosco,
"de mis pilluelos la ofrenda".
Y Pío Nono, a quien los ojos
de lágrimas se le llenan,
con gracias y bendiciones
el obsequio remunera;
y, alma de ángel, corresponde
con munífica fineza:
manda con la exigua suma,
más otra que él mismo agrega,
que se comprenden de rosarios
más de cincuenta docenas.
Las bendice él mismo, y luego
al Cardenal así ordena:
—Mándese esto de Don Bosco
a los pilluelos, en prenda
del inmenso amor que el Padre
de los fieles les profesa".

¡Oh, la fiesta que en Turín
los Oratorios celebran!
(Son ya tres los Oratorios
que de niños hormiguan.)
¡Qué contento está Don Bosco
con la augusta recompensa!
¡Y con qué orgullo los chicos
aquellos rosarios muestran!
¡Y vivan al Padre Santo
por su dignación paterna!
Y por su retorno a Roma
a la Auxiliadora ruegan.

* * *

En aquel año angustioso
del exilio de Gaeta,
en Valdoco se iniciaba
del Pontífice la Fiesta.

31. Un día de duelo.

¡GRAVES cosas pasan en el Oratorio!
Se ha apagado el fuego de las diversiones.
Casi no parece que haya tantos chicos.
¿Por qué hoy, como siempre, no suenan clamores?

* * *

De tristeza hay nubes en todas las caras.
Hoy sólo hay corrillos en el patio, donde
charlan en voz queda; hay algo muy grave
para que los chicos sus solaces tronchen.
¿Y no advertís cuántos en vaivén perenne
van a la capilla?... ¡Cuántos allí inmóviles,
ya junto al Sagrario, ya al pie de la Virgen,
oran y oran, solos o en rezos acordes!
¡Ah, y cuántos no pueden contener el lloro,
aunque el de sus almas más acerbo esconden!

¡Ah, Oratorio, llora; llora, que has perdido
la mitad del alma de tus moradores!

Se ha volado al Cielo *Mamá Margarita*.
Como a su Francisco, neumonía doble
la postró en el lecho, la llevó a la tumba.
¡Ay! ¡Para Don Bosco, qué terrible golpe!

¿Quién va a ser ahora la abnegada madre
de sus huerfanitos, de sus niños pobres?

¿Quién, de los enfermos a la cabecera,
sus dos alas de ángel tenderá de noche?

¿Quién con sus ternezas consolará al triste,
y hará la sopita para los que comen,
guardará sus ropas y pondrá el remiendo
a las viejas prendas que se deterioren?

¿Quién dirá a Don Bosco si lo que él escribe
podrán entenderlo todos los lectores,
y le dará aliento cuando amargas pruebas
al hijo querido sin piedad acosen?



¡Ah! A su amada Virgen le rezó Don Bosco
con la voz de imperio de sus aflicciones:
"Mira, Virgen Santa: Se nos fué la madre:
mi madre y la de ellos. ¿Quién nos ama entonces?
¡Siempre nos amaste Tú, Virgen querida!
Pero, desde ahora, ¡que tu amor se doble!
Con tu amor celeste danos el de ella,
y los dos muy cerca de nosotros floten."

Bálsamo divino siente que resbala
sobre sus desgarros: La Virgen le oye.

* * *

El bendito cuerpo de la madre llevan
 mientras gimen: *Réquiem dona ei, Dómine!*
 Los niños sollozan... "¡Adiós, madrecita!
 ¡Que el Señor, de santa tu virtud corone!"...
 Y cuando se alejan, todo es un singulto:
 "¡Mamá Margarita!... ¡No nos abandones!"

* * *

Los despojos duermen en el campo santo...
 Pero con Don Bosco y sus hijitos pobres
 siempre de la dulce viejecita el alma
 vivirá en Valdoco, ¡vivirá su nombre!...

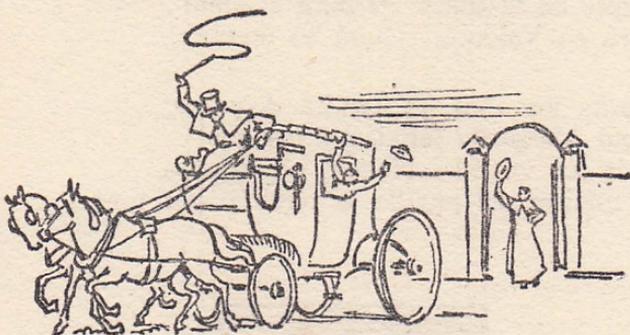
Pasarán los años. ¡Y tendrá doquiera
Mamá Margarita lápidas y bronces!
 Y, de sus virtudes bíblicas prendadas,
 ¡las madres del mundo la tendrán por norte!



32. Las locuras de Don Bosco.

¡OH las sendas de Dios! Estulto el hombre
o ciego acaso, por locuras tiene
las empresas de Dios, y a quien las obra
lo tratará de iluso y de demente.

Vosotros acudid, los que a Don Bosco
destinabais de orates a un albergue:



¡Mirad en qué pararon las locuras,
tema de vuestras risas y desdenes!

¡Sus locuras! ¡Trecientos presidiarios
van a gozar, con él por solo jefe,
de la libre alma luz de las colinas!

¡Y trecientos con él de noche vuelven!

¡Allí están sus locuras! Edificios
que hasta un millar de jóvenes contienen.

¡Ved los patios, magníficas palestras,
que de robustas mocedades hierven!

¡Sus locuras! Los vastos dormitorios,
los amplios comedores relucientes,

con cocinas, depósitos, despensas;
las aulas de laureados bachilleres;
las ricas bibliotecas y museos;
las minervas y prensas que se mueven
en perpetuo fluír de manantiales;
laboratorios, salas de talleres,
donde entonan los salmos del trabajo
en armonía múltiple y perenne
fraguas, yunques, garlopas y motores,
leznas, martillos, mazos y cinceles.

¡Sus locuras! Las fúlgidas conquistas
de su oratoria fácil y elocuente;
sus libros, en que, más que la áurea pluma,
triumfa su corazón que no atardece.

¡Sus locuras! El templo, joya de arte,
que corona la Virgen, la que en Bequi
la mente y corazón del vaquerillo
de esas locuras encendió en la fiebre.

¡Sus locuras! La mísera casucha
del arrabal hampesco mal oliente,
hoy convertida en férvida colmena
de almas con ideal de sol y nieves.

¡Más locuras! La forja de sus santos,
regios joyeles de divino orfebre:

¡Los Savios, y Besucos, y Magones,
niños apenas, con arrestos de héroes!

¡Más locuras queréis? ¡Sus salesianos,
sus religiosas, que sin tregua crecen
y, desbordando del confín de Europa,
ya invadieron los otros continentes
para sembrar, donde la planta asientan,
de las locuras del Patriarca el germen!
¡Y así veréis cómo ha sembrado el mundo
de locuras de amor vuestro demente!

33. El maestro admirable.

“¡ESTRAFALARIOS antojos!
¡Necio derroche de tiempo,
de salud y de recursos,
que no le sobran, por cierto!
De tratar con tales pillos
¿acaso espera provecho?”
Tal en Turín juzgan muchos
de Don Bosco el ministerio.

* * *

Id a Valdoco, y veréis
que vosotros sois los necios,
que no advertís que Don Bosco
por uno cosecha ciento.

Los que pillos estimáis
son los muchachos de acero
que, cuando el cólera puebla
los vecinos cementerios,
para auxiliar apestados
van las calles recorriendo
y días y noches pasan
junto a nauseabundos lechos.

Vuestros pillos son los que ora
se dan cuerpo y alma al juego,
y ora a estudios, o trabajos,

u oración se dan enteros.
Vuestros pillos nos asombran
con relámpagos de ingenio
o cuando a las nobles artes
les van robando misterios.
Vuestros pillos son las almas
que más parecen del cielo
cuando obran heroicidades,
que apenas monjes del yermo.

¿No veis al adolescente
Domingo Savio entre ellos,
Domingo, el San Luis Gonzaga
de estos malhadados tiempos?
¡Niño, azucena del valle,
ángel venido a este suelo
con la visión del profeta
y el ardor del misionero!
¡Niño mártir, que ha jurado:
"¡Antes que con mancha, muerto!"
¡Héroe y santo, a quien preparan
de los altares el premio!

Contad, contad los que van
de Savio en pos del ejemplo
y son de sus ideales
y sus prodigios los émulos.
¡Chicos ayer del arroyo,
y hoy a las cumbres subiendo,
y hasta probando del éxtasis
los maravillosos vuelos!

¡Y esto llamasteis antojos?
¡Y a él lo tildasteis de necio?
¡Ved los frutos que recoge
de su inútil magisterio!

¡Ah, los críticos menguados,
que no sabéis los secretos
con que el sabio Educador
ha labrado sus portentos!
¡Dios! ¡Su Ley!... "Saltad, reíd;
haced" les dice el Maestro,
"cuanto queráis; pero ¡a Dios
ni un disgusto!; ¡a Dios queredlo!"

Y Dios, por amor, da amores...
Bien dijo el Papa por eso
que *dígitus Dei est hic*:
¡de Dios la mano anda en ello!
¡Y con Dios, dicha inefable!
Casa de eterno contento
es la escuela en que Don Bosco
vive con sus rapazuelos;
casa con alma de hogar,
donde él es padre, y son ellos
los hijos, arcilla dócil,
hijos sanos, hijos buenos.

¡Oh, benditos los antojos
de este Sembrador de genio,
que, en pos de Cristo, cosecha
los frutos del Evangelio!



34. Siempre Sacerdote.

Ricásoli, el Presidente
del Consejo de Ministros,
desde Florencia a Don Bosco,
que en Turín está, le ha escrito.
Le ruega baje hasta el Arno,
por si los dos, como amigos,
consiguen poner a flote
el encallado navío
de las diócesis vacantes,
huérfanas de sus obispos
por intromisión insólita
del poder civil.

Sabido
es cuánto a Don Bosco estima
y ama el Angélico Pío.
Así el de Turín pudiera
ser de peso en el conflicto.
Y él, cuerpo y alma se da,
si lo reclama el servicio
de la Iglesia y su Pastor.

Por eso a Florencia ha ido
y se encamina al palacio
de Pitti, palacio antiguo,
donde hace rato le aguarda
Ricásoli pensativo.

—Don Bosco ha llegado— anuncian.
—¡Que éntre!— ordena el otro, y fino
sale a recibir al huésped,
que se adelanta sencillo

y de golpe piensa, mientras
 la mano estrecha al político:
 "Este es de los que pretenden
 los saboyanos dominios
 ensanchar, avasallando
 los estados pontificios.
 ¡No tendería celadas
 para juegos no muy limpios
 y comprometer al santo
 Vicario de Jesucristo?
 ¡Don Bosco, en guardia!"

Por eso,
 de pie en medio del recinto,
 prevenir quiere artes turbias
 hablando así franco y vivo:
 —¡Señor! ¡Como Vos, del Rey,
 de Dios Don Bosco es ministro;
 sabedlo, que es mayor grado:
 ministro del Dios Altísimo,
 porque es sacerdote suyo,
 sacerdote en todo sitio:
 sacerdote en el altar;
 sacerdote entre sus niños;
 sacerdote, si confiesa;
 y si predica, lo mismo;
 sacerdote en el tugurio
 del mísero desvalido;
 sacerdote en el alcázar
 del rey y ante sus ministros;
 y, si lo es allá en Turín,
 no es en Florencia distinto!
 Señor! ¡Entendéis, con esto,
 todo lo que significo!
 —¡Bien que lo entiendo, Don Bosco!
 Mas quedad, quedad tranquilo,
 que contra vuestra conciencia
 de sacerdote de Cristo

nada pensé proponeros
ni indigno nada deciros.—

Tras el valiente preámbulo,
que al habla pondrá recinto,
el humilde sacerdote
va al diálogo más tranquilo.
Siéntanse los dos: del Rey
Víctor Manuel el Ministro
frente al sacerdote, que es
ministro sabio de Cristo,
y se entran a discutir
el delicado conflicto.

No una vez sola Don Bosco
debió exclamar: —Tal no admito—;
y Ricásoli acudir,
por componenda, al Rey Víctor,
que al cabo debió aceptar
de Don Bosco los principios.

* * *

No mucho después el Santo
en Roma hablaba con Pío,
y de las sedes vacantes
nombró este los obispos.
Y el de Turín goza y triunfa:
cual buen soldado, ha salido
por los sacrosantos fueros
de la Iglesia y de su Cristo.



35. Taumaturgo.

Es hora de almorzar. Los panecillos
que en la despensa quedan
son quince, nada más. Y son trecientos
los muchachos que esperan
la abundante ración de la mañana.
Ni una migaja entrega
ya el panadero
si Don Bosco no cierra antes su cuenta
de diez mil francos;
y no hay razón que al comerciante mueva.

—¿Qué hacemos?— le preguntan a Don Bosco.
—Traed aquí los panes— les contesta,
y empieza a repartir. De los trecientos
da a cada uno un pan, y al cabo quedan
en la cesta los quince del comienzo.

—¿Cómo es esto?— se dicen los que observan.
¿Cómo ha de ser? ¡Lo mismo que sería
cuando en Judea
multiplicó Jesús los panecillos
para saciar la muchedumbre hambrienta!
—¡Milagro!— van diciendo los rapaces,
y el milagroso pan les sabe a fiesta.

¡Milagro! ¿Y quién se asombra de milagros,
si nuevos cada día allí se cuentan?
¡Si de prodigios
la casa es esa!

¡Si varón de prodigios es Don Bosco,
que con prodigios juega,
lo mismo que si estos
las jugarías de otros tiempos fueran!

Como jugando,
o cual si nada raro aconteciera,
sana mudos, y ciegos, y tullidos,
y a la muerte tal vez robó sus presas.
¿Y no acaece
que a los otros trasfiera sus dolencias,
o que él a su vez cargue
con las ajenas?

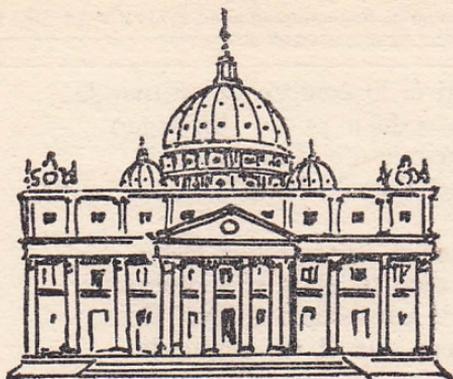


Del actor principal por la afonía,
deberá suspenderse una comedia.
Han concurrido ilustres bienhechores.
Don Bosco entonces al muchacho presta
su voz, y, en tanto la comedia dura,
él afónico queda;
pero no bien la diversión acaba,
el habla recupera.

¡Cuántas veces el término pronuncia
de sequía tenaz, y el cielo vuelca
las aguas de un diluvio
sobre la tierra!
¡Cómo sabe los íntimos secretos
que torturan conciencias!
¡Cómo predice
venturas o catástrofes tremendas,
o le hablan Dios y su divina Madre
en visiones espléndidas,
que el porvenir de cosas y naciones
le muestran cual si entonces sucedieran!
¡Cuántos en ciego arrobo
elevado en los aires lo contemplan!

En Turín, en París, en Barcelona,
en Roma, Lyon, Marsella y dondequiera
van las gentes tras él y, como a santo,
maravillas le ruegan,
y Dios parece que a Don Bosco fiara
toda su omnipotencia,
pues Don Bosco camina entre milagros,
como por senda fúlgida de estrellas.
Y entonces, —Quien ha obrado estos portentos—
humilde manifiesta,
—es Ella, es nuestra Madre Auxiliadora,
que su bondad y su poder nos muestra;
amadla, bendicidla!
¡toda la gloria tributadle a Ella!—





36. El centinela de Israel.

Los soldados piamonteses
se han adueñado de Roma.
En el Quirinal flamea
la bandera de Saboya.

Pío Nono se ha guarecido
del Vaticano a la sombra.
Los zuavos que lo acompañan
son gente leal, pero es poca.

Graves miembros de su Corte,
que con el Papa razonan,
le aconsejan que a lugar
menos expuesto se acoja.
Si el invasor mano echara
de su sagrada Persona
¿no acreciera de la Iglesia
la confusión y zozobra?

Bien él lo comprende, y manda
que todo a punto dispongan
para huír de Roma cuando
él señalare la hora.

Aquellos instan, y el Papa
les dice (y ellos se asombran):
—He consultado a Don Bosco;
espero que él me responda.—

Pío Nono tiene por santo
a su Don Bosco, y no ignora
que Dios a su Santo luces
de los videntes le otorga.

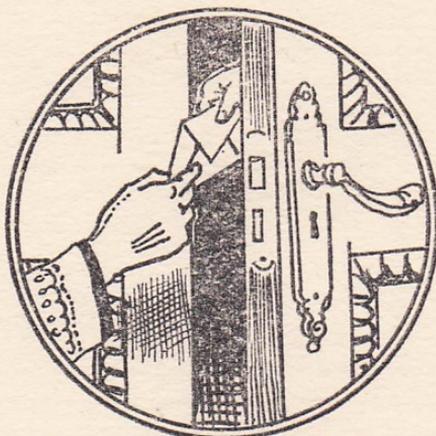
Don Bosco en Turín recibe
del Pontífice la nota.
El caso es grave. Del Cielo
la superna luz implora...
Reza y reza ante el Sagrario
porque es bien grave la cosa.

* * *

Secreto emisario al fin
llegar a San Pedro logra.
—¡Gracias a Dios!— dice el Papa
mientras el pliego desdobra
para leer la sentencia
que ya ninguno revoca:
*“Allí permanezca el Angel
de Israel, para custodia
del Arca Santa de Dios
y de su sagrada Roca”*.

—¡El Cielo habló!— Pío Nono
toda discrepancia ahoga.

¡El Vaticano ha de ser
para siempre su demora!
¡Vivirá, eterno cautivo,
en esa mansión de Roma?
¡Cristo está así en el Sagrario!
¡Será del Papa la gloria!



* * *

¡Y el Papa, ángel de Israel,
quedó allí para custodia
del Arca Santa de Dios
y de su sagrada Roca!



• La Argentina de sus visiones •



37. Como un prócer.

¡Bien estás, Don Bosco Santo,
como un prócer estaría!
¡Bien estás entre banderas
de mi Patria, la Argentina!

Porque ¿acaso no eres prócer
de esta tierra? Como a hija
la quisiste, ¡y en quererla
con los próceres porfías!

La Virgen en riente ensueño
te habló de la Patria mía,
y ella es de entonces tu encanto
y obsesión que te domina.
En mi Patria desde entonces
todas las horas meditas,
y en tus éxtasis de Santo
todo su arcano descifras.

Y tanto, tanto la quieres
que iluminar imaginas
con fulgores estelares
sus zonas desconocidas;
con fulgores del amor,
del saber y de la dicha,
que sólo irradia la Cruz
en donde gallarda finca.

Y tus hijos, los mejores,
los que tu estampa duplican,
los que son timbre de orgullo
y esperanza de tu vida,
a mi Patria se los cedas,
por que vengan a servirla
y a ceñirle nuevos lauros
de espirituales conquistas,
y le entreguen tu mensaje
¡de que *"siempre la Argentina
para Don Bosco ha de ser
segunda patria querida"*!

Y la Argentina te otorga
lo que otros pueblos le envidian:
los fueros del procerato
con nuestra ciudadanía.

Y, como eres santo y prócer,
puede estar mi Patria altiva
del primer santo argentino
que en ti, adoptándote, mira.

¡Ve, entonces, si no estás bien,
como un prócer estaría,
primer Santo de mi patria,
ciudadano sin mancilla,
tú que en Turín con los propios
nuestros pendones encimas!...

¡Bien estás entre banderas
de mi Patria, la Argentina!



38. La segunda patria.

“¡No me deis oro ni lauros!
¡Almas dadme! ¡Dadme almas!”
¡Mote inmortal de Don Bosco
para la sed que lo abrasa,
y que lo impele a buscar
almas de todas las razas!
Sus hijos con ese mote
triunfarán donde él no alcanza.

* * *

En sueño maravilloso
ve el campo de las hazañas
de los suyos, tierra ignota
de estirpes nunca domadas;
estirpes que no rindieron
su cerviz a la Cruz santa
e hicieron de los apóstoles
blanco para sus aljabas.
Los salesianos irán
a vencer con nueva táctica:
llegar a indómitos padres
de los hijos por las almas.
Ignora qué tierra es esa,
cuando un prelado del Plata,
el gran Federico Aneiros,
misioneros le reclama.
Y entonces Don Bosco advierte
que esa es su tierra soñada:
la de recios patagones,
la de los terribles pampas.

—Hijos míos, ¿quién querrá
ganarle a Dios esas almas?—
dice un día, y diez valientes
a responder se adelantan,
¡puñado de héroes, que dejan
la patria por otra extraña,
y que, en pos de Juan Cagliero,
por rutas de gloria marchan!

Después que a Roma a los diez
por la bendición los manda,
al pie de la Auxiliadora
él amante los abraza,
los bendice, y padre e hijos
mezclan sus férvidas lágrimas.
¿Volverán a verse un día
los que quedan, los que marchan?

—¡Id, hijos, a la Argentina!—
les dice. —¡Id, que os aguarda,
por que echéis vital simiente
en sus soledades vastas!
¡La Argentina de mis sueños,
generosa y noble! ¡Amadla!
¡Amadla, que por vosotros
será mi segunda Patria!—

* * *

Padre e hijos ni un instante
unos del otro se apartan.
Y él, achacoso y anciano,
al puerto los acompaña.
Sube al vapor, y en el punto
que van a levar las anclas,
llorando imploran los diez
la bendición del Patriarca,
que entre sollozos la imparte,

y de ellos luego se arranca
lo mismo que si del pecho
el corazón le arrancaran...



Él se aleja, mas entre ellos
de padre les deja su alma,
y en cambio a tierra se lleva
de sus diez hijos las almas.

* * *

—¡Adiós, hijos! —¡Adiós, Padre!—
se repiten mientras zarpa

la nave, que por momentos
 más a uno de otros separa.
 Y ¡Adiós, Padre! y ¡Adiós, hijos!,
 cuando crece la distancia,
 dicen manos y pañuelos,
 y al fin lo gimen las auras.

A los que van y al que queda
 igual inquietud embarga:
 ¿Se verán de nuevo un día
 el que queda y los que marchan?

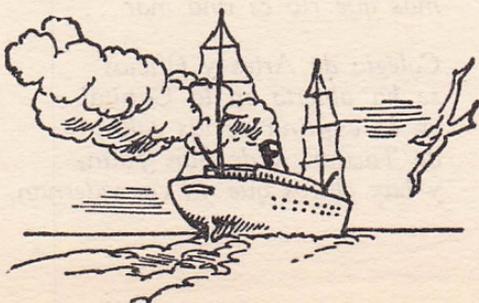
* * *

Toda la costa ligur,
 luego toda la de Italia
 a los ojos de los diez
 se ha esfumado en lontananza.

Mas no se esfuma la imagen
 de ese Padre que idolatran...
 Y mientras van mar adentro
 les sonrío la esperanza
 de que a su Padre han de hallar
 en las orillas del Plata,
 ¡porque allá de su Don Bosco
 está la *segunda patria!*

* * *

Mas él ¿no vació su espíritu
 en las Reglas que les daba?
 ¡Con ellas, siempre irán juntos
 el que quedó y los que marchan!



39. Cartas de allende la mar.

Cartas recibe Don Bosco,
cartas de allende la mar.
¡Cartas de sus salesianos!
¿Qué nuevas le traerán?

Abre el anciano las cartas,
y se ilumina su faz.
Las nuevas que va leyendo
colman su felicidad.
—Oíd— dice a todos —nuevas
de los hermanos de allá:

*Dicen que fué en Buenos Aires
la recepción muy cordial;
que en Máter Misericordiae
es Cagliero capellán,
y cosecha hermosos frutos
su elocuencia singular...*

*La primer casa Fagnano
dirige en San Nicolás,
sita en airosa barranca
del sonoro Paraná,
que, por su anchura y volumen,
más que río es una mar...*

*Colegio de Artes y Oficios
se ha abierto en la Capital,
en la esquina de las calles
de Tacuarí y de San Juan,
y hay chicos que ya encuadernan,*

*o empiezan a cepillar,
o usan lezna... y hasta han dado
alguna pieza teatral.—*

Pero un día triste nueva
otra carta le dará:
*"Baccino, buen hijo, ha muerto
de excesivo trabajar,
y homenaje de cariño
le ha rendido la ciudad,
y ha albergado sus despojos
el Panteón Sacerdotal".*

Sabe después que el Colegio
de Artes y Oficios lugar
para talleres estables
en Almagro encontró ya
(que ha dedicado a Pío Nono,
Papa más que paternal,
que ha sido como una madre
de su Pía Sociedad).
Y tienen ya cantorritos,
que, cuando repican más,
de todas partes los llaman,
y hasta de la Catedral.

Es algún diario otro día
el que a remozarlo va:
*"Son doquier los Salesianos
prodigios de actividad:
Costamagna, Vespignani,
y Bodrato, y los demás.
Lasagna y Gamba cultivan
sus huertos del Uruguay,
que también regalan frutos
de dulce fecundidad.
En el barrio que alguien llama
de la Boca de Satán,*

—y es foco de francmasones
y de fachas de arrabal—,
día a día, alma tras alma,
las gentes ganando va
Bourlot, intrépido apóstol,
que mezcla ingenio y bondad"...

¡Ah, y cuánto goza el Patriarca
cuando le escriben que acá
niños hay que en sus legiones
ya se quieren alistar!

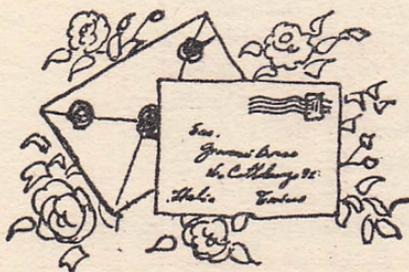
¡Qué bien sembraron sus hijos!
Llenos los surcos están
de exuberantes retoños
de su progenie inmortal.

Ya la Argentina es trasunto
de la paterna heredad,
y en breve América toda
el milagro emulará.

¡Bien hayan los hijos buenos
que son del Padre solaz!

¡Bien hayan las lindas cartas,
que alegran su argéntea edad!

¡Cartas enviad al anciano,
cartas a allende la mar,
cartas, que a su amor le lleven
de nuevas glorias un haz!





40. La conquista espiritual.

¡P
atagonia, Patagonia,
que maldita llamó un sabio,
y que próspera y bendita
vió en sus visiones el Santo!

* * *

El Santo no cabe en sí
por la carta que ha llegado:

es de su hijo Costamagna,
alma de fuego inexhausto.

Él con el gran Espinosa,
que es de Aneiros el Vicario,
ejército numeroso
va al Desierto acompañando.
Manda el ejército Roca,
y Julio Roca es soldado
de fama, y se ha puesto al frente
de aguerridos veteranos,
para someter al indio,
que es el terror del cristiano.

Ya se internan en la Pampa;
ya llegan al Colorado,
y Costamagna en su margen
cumple el rito sacrosanto.
Sigue el avance otro día,
y el invicto Salesiano
al fin arriba al Río Negro,
precediendo a los soldados.

¡Río Negro! ¡Patagonia!
¡La tierra, visión del Santo!...
¡Y era del setenta y nueve
el Veinticuatro de Mayo!
¡De María Auxiliadora
aquel era el día fausto,
y Ella al hijo de Don Bosco
le entrega el reino soñado!

Cuando el nuevo sol despunta
para alumbrar el día patrio,
el Sol de soles eleva
otra vez el Salesiano,
para disipar la noche

de la vida austral del bárbaro.
¡Y en Choele-Choel da a Don Bosco
la Patagonia su abrazo!

Y mientras se alza la Cruz,
el pendón azul y blanco
se inclina al alzar, y truenan
los cañones de los bravos.

¡Nace así la Patagonia
el Veinticinco de Mayo
a la vida de los libres,
de Dios y Patria al amparo!

* * *

Henchida el alma de gloria,
ve Don Bosco que ha empezado
a ser realidad su sueño
del mañana americano.

¡Con qué placer sabe un día
que es Milanés el heraldo
que al fiero Namuncurá
logra desarmarle el brazo,
que ni el plomo de los máuseres
ni los cañones lograron,
y trueca su tribu indómita
en un pueblo de hombres mansos!

¡Oh, los triunfos de Cagliari,
de Beauvoir y de Fagnano!
¡Oh, las gestas de sus hijas
religiosas, flores, astros,
ángeles que al Sur irradian
luz de sonrisas y cantos!
¡Oh, si en piedra berroqueña
alguien pudiese tallarlos!

¡Quién contara sus hazañas
en los dominios de Arauco,

en las hirsutas planicies,
en los rípidos picachos,
en los glaciares traidores,
en el Edén de los lagos,
cabe el torrente espumoso
y en los valles encantados!

¡Allí están abriendo escuelas
para tiernos araucanos,
huertos de lirios a veces
o surcos que nutren santos!
¡Allí están, las grises rucas
en rientes casas trocando,
y en mieses de argento y oro
la desidia de sus campos,
y hasta siendo del nativo
escudo, al surgir impávidos
ante el asesino rémington
de mercaderes bastardos!
¡Y allá, junto a la Cruz, izan
de nuestras glorias el paño,
y con piadosas canciones
alternan los himnos patrios!

* * *

¿Cómo no tendrá Don Bosco
razón para estar ufano
con las cartas que le cuentan
de sus hijos los milagros,
porque también lo han de estar
la Virgen que le fió el campo
y la Argentina, su ensueño
de divino visionario?

¡Patagonia, Patagonia!
¡Qué mal te predijo el sabio!
¡Qué bien en ti ya florecen
las bendiciones del Santo!



41.

El primer Pastor de la Patagonia.

Las campanas del Santuario
de María Auxiliadora
fiesta anuncian.

Todo Valdoco rebosa
de insólito regocijo.

El Cardenal Alimonda
acaba de consagrar,
con unción, cariño y pompa,
obispo a don Juan Cagliero,
a quien ha nombrado Roma

Prelado de las Misiones
de las tierras patagónicas.

El Obispo se ha abrazado
con una anciana ochentona,
que es su madre
y de emoción ríe y llora.

En esto, bonete en mano,
sonriente Don Bosco asoma.
Se miran. Intenta el Padre
del buen hijo, obispo ahora,
besar la mano; mas este
del Padre al cuello se arroja
y lo estrecha
en abrazo, que es idioma
de su gratitud a quien
debe hogar, letras y honras.

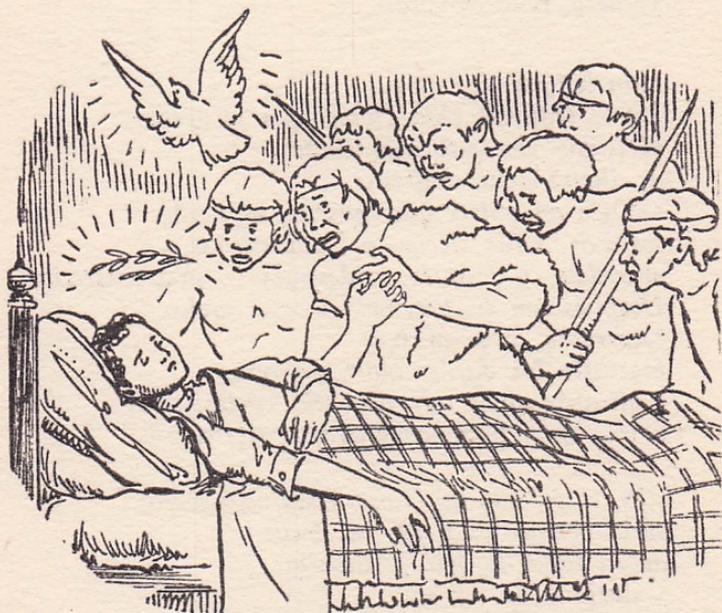
Nada se dicen, que el llanto
la palabra les ahoga,
un llanto que dice más
que no dijera la boca.

Sólo cuando
tanta efusión desahogan,
el Obispo
al Padre el honor le otorga
que sólo a él le compete:
que el primer ósculo ponga
en su anillo de Pastor,
que el Santo obtuvo de Roma.

¿Y sabéis qué coincidente
pensamiento llena ahora
del Obispo y del anciano
las memorias?

* * *

Treinta años de la vida han desandado...
 Cagliero es un muchacho, y le condena
 el médico a morir: fiebre maligna
 sin tregua lo domeña.
 Don Bosco, preocupado, se dirige
 del enfermo a la pieza:
 va a disponerlo al viaje sin retorno.



Abre la puerta y ¡oh inefable escena!
 ve la estancia nadar en resplandores,
 que áurea paloma, como un sol, destella.
 Y esta, después que en repetido vuelo
 del lecho en derredor revolotea,
 del enfermo a rozar baja los labios
 con las hojas de olivo, que al fin deja

caer sobre la yerta cabecita,
y desaparece.

Y rara visión nueva
columbra el Santo entonces:
De hombres salvajes multitud inmensa
junto al lecho se apiñan, y angustiados
al yaciente contemplan,
cual si, en él tras cifrar cierta esperanza,
perderlo hora temieran...

Han hablado los cielos.

Ya lo entiende Don Bosco, que se acerca
al tierno jovencito agonizante
y, llamándolo, expresa:

—Dios no quiere que mueras, hijo mío:
sanarás, serás clérigo y, cual sueñas,
sacerdote, y después... después... ¡Ya entiendo!
Después con tu breviario largas sendas
recorrerás, y a muchos
breviario les darás; altas empresas
realizarás antes que al Cielo vueles,
e irás muy lejos, a ignoradas tierras!—

¡Oh, el vidente de Dios! Todo está claro:
sería obispo Cagliero; la elocuencia
de su labio la paz predicaría;
y daría a la Iglesia
muchos ministros que con su breviario
ante Dios por el mundo intercedieran...

Y ¡oh! ¡si fué lejos ya! La ignota Pampa;
la Patagonia inmensa,
que fecundó con riego de sudores
y bañó con la sangre de sus venas;
las regiones del Plata y de los Andes
y cien pueblos de América

*cantan su itinerario,
como inmortal poema
que engarza sus estrofas
en un collar de cúpulas y escuelas.*

*¡Magnífico retorno
a las horas pretéritas,
por el Padre y su Obispo Misionero,
al vivaz resplandor de una centella!*

* * *

*¡Y advierte ahora Don Bosco
que Cagliero es la simiente
de un árbol episcopal,
que en su Valdoco se yergue,
y en pectorales retoña
y flor de mitras promete,
como ramaje de báculos
a todos los continentes?*

*Y en su segundo después,
aquel después reticente,
¿no es que grandezas de púrpura
augurar al hijo entiende?*

*¡Oh, los sublimes misterios,
que, en sus ensueños celestes,
muestra Dios, cual anticipo
de galardón, al Vidente!*

*¡Oh milagro! ¡Convertidos
en prelados sus pilletes,
en nuncios y cardenales,
que hablan con papas y reyes!*

*¡Cantad, cantad, las campanas
del Santuario, esas mercedes,*

que son de la Auxiliadora
para su Apóstol laureles!

Un rapaz le dió Don Bosco
¡y Ella Obispo se lo vuelve!
Él le brinda el ramo humilde,
¡y Ella en roble lo convierte!

¡Soltad, soltad, las campanas,
los más ledos repiquetes,
cual si fueran de un tedéum
los versículos perennes!



Los triunfos del Santo

42. Vergel de maravillas.

Jardín en Mornés existe
que há tiempo al Santo cautiva.
Allá vuelan sus pensares,
y allá sus pensares fincan.



¿Querrá Dios que en Mornés quede
aquella perla escondida,
que para el mundo y la Iglesia
bien podrá ser maravilla?

Al Santo otra vez en sueños
le habló la Virgen María:
De Turín en una plaza
le muestra innúmeras niñas
que ledas van a su encuentro,
y con ardor le suplican
que las recoja y ampare
de mundanales insidias.
Va a marcharse: tal empresa
que a él no le incumbe estima.
De doncellas otro bando
ve entonces que se aproximan
y con angustia le ruegan
que no las deje sin guía.
¿Qué iba a hacer?... Una Matrona
de donosura infinita
a él se llega y el ruego
que satisfaga le intima
y con voz de cielo añade:
"Cúidalas, sí: son mis hijas".

* * *

¿Será en verdad voz del Cielo?
También há tiempo le instan
dignos e ilustres prelados
a trabajar por las niñas...
Irá al Papa Pío Nono
por oír lo que él opina,
y voz del Cielo será
lo que Pío Nono le diga.

El Pontífice oye el caso,
y no responde en seguida;
luz pide a Dios, y a Don Bosco
le expresa en otra visita:
—A Dios dará mucha gloria
de Hermanas una familia,

que lo que obran vuestros hijos
hagan ellas por las niñas.
Tal obra es santa; emprendedla;
tendrá bendición divina".—

La voz del Cielo ha sonado;
Don Bosco ya no vacila.

* * *

Jardín en Mornés existe
que há tiempo que lo cautiva.
Un sacerdote piadoso,
Don Pestarino, lo cuida.

Mornés es humilde pueblo
que se pierde entre campiñas,
y su jardín puede ser
de los mundos joyería.
Y en que tal en breve sea
mucho Don Bosco medita,
y más que, si aprobó el Papa,
la empresa impone el de arriba.

Y de Mornés al humilde
jardincito se encamina,
y a su cuidador celoso
que le ceda le suplica
las más frescas y lozanas
de sus puras florecitas.
Elige, trasplanta, poda,
endereza, riega, amplía,
y tal hechizo trasciende
del jardín que así cultiva
que la primavera en él
vierte su pompa exquisita.

En floración de milagro,
rosas y lirios germinan
entre efluvios de donaires
y fragancias peregrinas.
Aves del cielo le cantan
deleitosas armonías,
y las regala con besos,
los besos de Dios, la brisa.

¡Oh! De Mornés en la tierra
han brotado maravillas:
¡de María Auxiliadora
nacen las flores: sus Hijas!
¡Y, entre todas, la más pura,
la más fragante y más fina,
Sor María Mazzarello,
de serafines envidia,
que tanto hechiza al Esposo,
que, amante, la troncha un día
para honor de sus altares
y de su alcázar delicia!

¡Fértil plantel de almas bellas,
de vírgenes y heroínas,
de misioneras y mártires,
de maestras y de artistas!
¡Ya el mundo entero es angosto
a su sed de almas de niñas!
¡Y para cantar sus triunfos,
plumas no alcanzan ni liras!

¡Bien puedes, oh Auxiliadora,
ufana estar de tus Hijas,
y de quien por Ti ha labrado
tal vergel de maravillas!

43. La Virgen de Don Bosco.

Cual de un santo, los amores
de Don Bosco muchos son.
Mas de todos, los más altos,
sin medida, sólo dos.

El primero es el de Cristo,
del Sagrario Rey de Amor,
el Amor de sus amores,
de su vida hálito y sol.
Y, por eso, con locura
ama de Roma al Pastor,
porque es el Cristo en la tierra,
porque es Vicario de Dios.

Y su otro amor, inmedible,
que es su vida y su obsesión,
es el amor a la Virgen
del paterno tejeroz.

¡Ah! ¡La Virgen, su ángel bueno
desde la cuna hasta hoy!;
¡desde el Cielo, cuando al mundo
lo regaló en su Asunción!
¡La Virgen, a quien a amarla
tierna madre le enseñó;
para quien fué de sus labios
la primera amante voz!
¡La que en sus sueños de niño
fué arrobadora visión!

¡La que lo guió de la mano
por las cuestras del dolor,
hasta el Huerto y el Calvario,
de la Cruz divina en pos,
pero también a las cumbres
fulgurantes del Tabor!

¡Virgen Santa, Madrecita,
que jamás lo abandonó
ni en la angustia soledosa,
ni en las glorias de arbol!
¡La Maestra incomparable
de sus raptos de oración,
la que aun a obrar los milagros
de su Hijo Dios le enseñó!

¡Su todo! él lo proclama
cuando afirma a su sabor:
"¡Todo lo ha hecho la Virgen!...
¡Sin la Virgen, nada soy!
¡Para Ella, mi Sol, ni acaso
soy humilde girasol!
¡Ah! Sin mi Virgen, ¿quién sabe
a dónde entre nieblas voy?"

Ella para él lo fué todo,
y él a Ella se entregó
del esclavo más rendido
con la absoluta oblación.

Y le alzó en Valdoco el trono,
que es de sus glorias peñol,
y es hontanar de prodigios
de la Madre del Señor.

Y del amor a su Virgen,
de Don Bosco el corazón

tal rebosa, que doquiera
como un mar se derramó.
Y ese amor prendió en los hijos
de volcán con tanto ardor,
que de su Virgen doquiera
difunden la devoción
y a su dulce Auxiliadora
le cantan doquiera amor:
el peruano, el congo, el chino,
el malayo, el español.

Y doquiera surgen templos,
do Ella fija el corazón,
corazón de madre, fuente
de portentos de favor.

Por eso, la Auxiliadora
su nombre augusto fundió
con el nombre de su Apóstol,
en indisoluble unión,
en la cifra que Ella escucha
en las horas del dolor
y en la embriaguez de las glorias,
¡que es de triunfo advocación!

Vedla: ¡Virgen de Don Bosco!
¡Nombre que os junta a los dos:
a Ti, Madre Auxiliadora,
y a ti, Apóstol de su amor!



44. Augustas palabras.

Don Bosco, anciano y enfermo,
llega a presencia del Papa.
El pie de hinojos besóle
y le rogó le otorgara
alzarse y quedar en pie,
de sus achaques en gracia.

—No en pie; sentado, Don Bosco—
corrige León Trece, y manda
que se le alcance una silla.

Y cuando todos se marchan
y solos quedan los dos
en la magnífica estancia,
con la ternura de un padre,
Su Santidad así le habla:

—¡Ah, Don Bosco! ¿Y no sabéis
que vuestra salud precaria
toda suerte de atenciones
de todo punto reclama?
De sobra habéis trabajado.
Aun tenéis empresas magnas
por realizar; no lo ignoro.
¡Que vuestros hijos las hagan!
Es menester que gocéis
de vida robusta y larga,
pues sabed que es vuestra vida
toda de la Iglesia santa,
toda de los religiosos
de quienes sois vos el alma...

¡Sois, Don Bosco, necesario!
Mirad que os lo dice el Papa...
Sé que me amáis; sé qué haríais
por mí, si acaso enfermara.
Pues cuanto haríais por mí,
hacedlo por vos; lo manda
¿sabéis quién?... ¡del Padre Santo
la voluntad soberana!

—¡Oh Santidad! Me confunden
tan paternales palabras.

Veréis que haré cuanto pueda
para tratar de observarlas.

—¡Bien, Don Bosco! ¿Y no deseáis
que os conceda alguna gracia?

Pedid, que el Papa os va a abrir
enteramente sus arcas...

Al pronto quiero llenar
la mayor de vuestras ansias:

tendréis todos los favores
con que la Obra Salesiana

cada día más se afiance,
y se avigore, y se expanda.

Vuestro acérrimo adversario
no existe ya... No era el Papa

quien los altos privilegios
a otorgaros se negaba.

¡A veces ni él, por prudencia,
puede obrar como deseara!

¡Oh! ¡Si supierais, Don Bosco,
cuánto el Papa, cuánto os ama!

De entre los cooperadores
de vuestra empresa sagrada

seré el primero, y veréis
si en serlo alguno me iguala...

¡Os amo, os amo, pues sé
que el que contra vos se alza

contra Dios mismo combate!

*¡Contrastaros yo no osara,
porque ni vos comprendéis
la sobrehumana pujanza
de vuestras obras magníficas,
que no son vuestras, ni humanas,
sino de Dios! Sus efectos
no derivan de otra causa.
A vuestras Congregaciones
Dios las guía y las arraiga.
¡Sabed esta mi evidencia,
y escribidla, y divulgadla!
¡Dios! ¡El único secreto
por el cual la frágil barca
de vuestra obra ha capeado
las más hórridas borrascas!
¡La diestra de Dios la impele,
y siempre la barca avanza!—*

Don Bosco el discurso escucha
del soberano Jerarca,
y es cada uno de sus párrafos
como gigantesca lápida
que, según es su humildad,
cada vez más lo anonada,
y en la confusión no atina
cómo expresarle del alma
la gratitud al Vicario
de Dios, que en tal grado lo ama,
y continúa colmándolo
de bendiciones y dádivas;
y más, cuando al salesiano
que en su viaje lo acompaña
de nuevo le intima vele
por la salud del Patriarca,
porque esa es del Padre Santo
la voluntad soberana,

y, cuando el Papa lo quiere,
¡es Dios mismo quien lo manda!

* * *

Cuando se aleja Don Bosco
de la pontificia sala,
ha olvidado las espinas,
las angustias, las andanzas,
los calvarios de su vida;
siente correr dulces lágrimas
por las consuntas mejillas
de arduos afanes aradas.

Dios acaba de inundarle
de glorias de cielo el alma
con los paternos acentos
de la Santidad del Papa.

¡Y el Papa es Dios en la tierra,
y, si el Papa así lo ama,
es Dios quien ama al Soldado
de la Apostólica Tiara!



45. ¿Quién es Don Bosco?

YA está Don Bosco ancianito.
Contesta, humilde y amable,
a sus hijos salesianos,
que preguntan por sus viajes.
¡Oh, sus viajes a París,
a Marsella, a todas partes!
¡Viajes de un rey! Más: ¡de un santo!
¡Todos, bajo arcos triunfales!

Y los hijos, al saber
tamañas grandiosidades,
se van sintiendo orgullosos
porque les cupo tal padre.
Y él lo advierte, y su relato
suspende por un instante...
Y luego exclama:

“¡Don Bosco!...

Lo que es Don Bosco ¿quién sabe?...

No es un santo; no es un sabio;

no es predicador notable;

no tiene vuelos de artista,

ni otras dotes personales.

*Y, sin embargo, las gentes
corren tras él y le aplauden.*

*Tiéndense por muy honrados,
si le hospedan, los magnates.*

*Su bendición solicitan
obispos y cardenales...*

¡Ah! Creed: ¡Quién es Don Bosco

*ninguno de estos lo sabe!
Si lo supieran, trocaran
en desdén sus homenajes.*

*¿Recordáis de Butigliera
hacia Murialdo la calle?
Hay a su diestra una altura,
y sobre ella, miserable
casona surge, y al flanco,
de prado asoma un alarde.
En ese prado un chiquillo
de apenas diez navidades
dos vacuchas pastoreaba...*

*¡Ese, un hijo de gañanes,
desgreñado, mal vestido,
descalzo, rudo, ignorante,
ese es Don Bosco!... A saberlo,
¿quién saliera a saludarle?...
¡Oh! ¡Cómo se burla Dios
de los que se juzgan grandes!...
¡Qué buena ha sido la Virgen!
¡Ah! ¡qué Maestra!, ¡y qué Madre!..*

*Hijos míos, nó a Don Bosco;
haced que a Ella se ensalce;
a Ella, que pinta el sueño
y en hechos le da remate.
Sin Ella, Don Bosco apenas
fuera un pastor sin ideales...
¡Todo lo ha hecho María!...
¡A agradecerle ayudadme!..."*

* * *

*Y a sus hijos salesianos
los invita a arrodillarse,
y con voz que el llanto rompe
en coro rezan la Salve.*

46. El cántico de Simeón.

I

YA han terminado la iglesia
del Sagrado Corazón,
la iglesia que León Trece
a Don Bosco encomendó.

Don Bosco se llega a Roma,
y esta le tributa honor:
príncipes y altos prelados
imploran su bendición,
a la par que los plebeyos,
porque del Siervo de Dios
el paso, doquier pregonan
de los milagros la voz.

Como Lyón, París, Marsella
y el pueblo hidalgo español,
el Tíber acoge al Santo
con fiestas de triunfador.

* * *

Don Bosco al Papa ha querido
mostrarle su devoción.
Tres años hace que no habla
con el amado Pastor.
La realidad va a ofrecerle

de un encargo que le dió:
el primer templo romano
del Divino Corazón.

II

EN su aposento privado
León al Santo recibe.
Este prosternarse intenta,
y el Papa se lo prohíbe,
y le indica a un Monseñor
que asiento a Don Bosco arrime.
La silla aquel pone lejos
por reverencia al Pontífice,
y este mismo a sí la acerca
y manda al huésped insigne
que allí se siente, lo mismo
que si fuera claro príncipe.

Luego la mano le toma
con cariño indefinible,
se la estrecha, y acaricia,
y lo primero es pedirle
noticias de su salud
y apostólicos trajens.

Mas se interrumpe de pronto,
y —Paréceme— le dice
que tenéis frío, ¿no es cierto?—
Y sin pausa se dirige
hacia su lecho y de él toma
una manta que lo abrigue.
—Esta rica piel de armiño—
explica el Papa, y sonrío,

—para honrar mi Jubileo
la enviaron hoy regios príncipes.
Quiero que seáis el primero
que con ella se cobije.—
Y en las rodillas del Santo
su armiño extiende el Pontífice.



Y otra vez torna a sentarse,
y otra vez sus manos ciñen
las de su huésped temblonas,
y el manso coloquio sigue.

III

LA bondad del Papa Rey
sin habla a Don Bosco deja.
Cuando a la emoción se impone,
estas voces balbucea:

—¡Santidad! Estoy muy viejo.
Es esta la vez postrera
que llego a Roma. La muerte

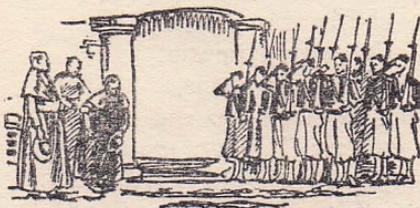
ya aguzando está mi flecha.
Quise antes una vez más
llegarme a vuestra presencia,
dichoso porque ya en Roma,
como fué voluntad vuestra,
tiene el Corazón Sagrado
de Jesús votiva iglesia.
Si ahora me bendecís,
como a Simeón, no me resta
sino cantar: "*¡Señor, manda
que deje esta ingrata tierra,
porque mis ojos ya han visto
a tu Vicario, lumbrera
de las naciones y gloria
de tu heredad predilecta!*"
—¡Oh! Seis años más que vos
tengo yo— León Trece observa;
—luego no habéis de morir
antes que León Trece muera.
—Sois, Padre Santo, infalible
en muchas cosas, nó en esta.
Creed que mi frágil vida
de su poniente está cerca.—

Don Bosco estaba en lo cierto:
ya de otra entrañable audiencia
con el Pontífice Sabio
no ha de gozar las finezas.

IV

CRUZA Don Bosco las salas
y lonjas del Vaticano.
De gozo su alma quisiera
volar, y anda su pie tardo.
Los prelados que lo ven
le prestan sus agasajos.

En cierto lugar se encuentra
 con un pelotón de zuavos,
 que, como al paso de un rey,
 se cuadran ante el anciano.



Y él les dice: —Pero, amigos,
 ¿no os habéis equivocado?
 ¡No soy sino un sacerdote,
 que nada por viejo valgo!
 Bajad, amigos, las armas.—
 Y le obedecen los zuavos,
 rompen filas y se acercan
 a besar la diestra al Santo.

Con su lento andar al fin
 llega al patio de San Dámaso,
 do el conde Antonelli espera
 para en su coche llevarlo
 de Roma a la primer Casa
 de sus hijos salesianos.
 Cabe ella se yergue un templo
 de frontispicio gallardo.
 Es el que León a Don Bosco
 le dió de erigir encargo.
 Para el anciano ya enfermo,
 fué divino aquel mandato,
 y el óbolo de los fieles
 fué doquier solicitando
 a costa de duros viajes,
 y dolencias, y trabajos.

¡Y allí está el templo suntuoso,
donde las piedras son labios
que del Hombre de Dios cuentan
las virtudes y milagros!
Lo consagrará mañana
en nombre del Padre Santo,
que por ello está dichoso,
el Cardenal su Vicario.

Y goza Don Bosco viendo
de Cristo ese templo, alzado
sobre los recios sillares
de sus postrimeros años,
cual luz de la eterna aurora
sobre su terreno ocaso.
¡Bien pudo ante el Papa alzar,
cual Simeón, de adiós el canto!



47. El mundo entero en Valdoco.

ANSIEDADES.

*“¡Se va apagando Don Bosco!...
¡El Santo se va muriendo!”
¡Nuevas que son nubarrones
que agrisan todos los cielos!*

*Cartas, prensa, telegramas
alas son del desaliento;
y concentran en Valdoco
el alma del mundo entero:
Vuelan allá gratitudes,
admiraciones y afectos,
al paso de estas noticias
que invaden todos los pueblos:*

*“Don Bosco ya no celebra,
mas llévanle el Pan del Cielo
que a tantos brindó en su vida” . . .*

“Expresan temor los médicos”.

*“Dicen que él ha declarado
de su fin próximo el tiempo,
y que, por eso, de América
llegó el Obispo Cagliari” . . .*

*“Al Ecuador va a partir
un tropel de misioneros,
y el Padre va a despedirlos
de su Auxiliadora al templo,
y los abraza y bendice;
y muchos fieles, al verlo*

*tan sin fuerzas y tan santo,
sueltan del lloro los frenos..."*

*"Desde Roma el Papa está
al habla con el enfermo,
y lo bendice y le expresa
sus bondadosos anhelos"...*

*"Dicen que al Santo sus hijos
han sacado de paseo,
y hubo en mitad de la calle
el más patético evento:
el Cardenal Alimonda,
que ama y venera al enfermo,
se ha encontrado con el coche
que a este da esparcimiento;
y ha subido, y a Don Bosco
le da el abrazo más tierno,
conversa con él y, al irse,
le imprime en la frente un beso.
La gente que ha presenciado
del claro Pastor el gesto,
—¡Cómo se quieren los dos!—
por dondequier van diciendo"...*

*"El paciente desmejora
porque ya a salir no ha vuelto.
Se agrava, mas nunca pierde
la luz y sal de su ingenio,
con que entiende las tristezas
barrer de los hijos buenos,
que sin descanso se turnan
en derredor de su lecho.
—¿Sabéis quién fabrica fuelles?—
ayer les decía, y ellos:
—¿Es que necesita el órgano
del Santuario algún arreglo?
—Nó ese, hijitos; este otro—*

y señalaba su pecho;
—*estos fuelles, mis pulmones,
que se quedan sin aliento!*”...

Así, por cartas y diarios,
propalan al mundo entero
¡que la luz se va apagando,
que el Santo se va muriendo!

ÚLTIMOS TESOROS

DE su corazón de padre
son las postreras palabras
como los frutos maduros
que al suelo abaten las rachas.

“*Hijos míos*”, dice a veces,
“*almas buscad; ¡sólo almas!*”
Y otras: “*¡Trabajo! ¡Trabajo
es la herencia salesiana!*”

Si alguien le expresa que viva,
él: “*Ya aquí no puedo nada;
desde el Paraíso sí
mi ayuda será sin tasa*”...

“*No olvidéis que nuestra humilde
Sociedad es frágil barca,
que Cristo y la Auxiliadora
pilotean. ¡Dadles gracias!*”...

“*Vivid unidos. Amaos,
cual los hermanos se aman...*
*Y amad a los que os malquieren,
y hacedles bien, si os maltratan!*...”

“*Sea siempre vuestra gloria
ser los soldados del Papa,
dispuestos hasta al martirio
por acatar su palabra*”...

*“¡Bien sabéis cuánto Don Bosco,
vida de su corazón, os ama!
Pues, argüid cuánto el dejaros
su corazón le desgarrá...”*

*“Don Bosco a sus rapazuelos
en el Cielo los aguarda.
Decídselo, y que allá irán
con la pureza del alma,
que en el Sagrario germina
y la Purísima ampara...”*



*“¿Pedís que sane? Yo pido
que lo que Dios quiere se haga...”*

*“Bendigo a los bienhechores:
perenne ventura labran
los que caridades siembran;
¡de ellos es la bienandanza!...”*

*“Bendigo a todos mis hijos,
de aquí, de Francia, de España;
a la tierra de mis sueños:
la Patagonia y el Plata...”*

De nadie se ha de olvidar
el venerable Patriarca,
y sus hijos ¡ay! recogen
esas postreras palabras,
como frutos sazonados
que abatiendo van las rachas,
y las guardan, cual tesoros,
en los arcones del alma.

AL TOQUE DEL AVEMARÍA.

Es de enero el treinta y uno,
en el año ochenta y ocho.

Las campanas del Santuario
de la Virgen de Valdoco
en la madrugada dicen:
"¡Ave, María!", y Don Bosco,
repitiendo: "¡Ave, María!"
en postrer canto recóndito,
le entrega a su Reina el alma
y cierra al mundo los ojos.

"¡Don Bosco ha muerto!", gime uno;
"¡Ha muerto!", musitan todos,
y todos los pechos rompen
en unísono sollozo.

Lloran los hijos que rezan
del sagrado cuerpo en torno;
lloran las hijas que acuden
al pobre cuarto mortuorio,
desde ese instante trocado
en recinto religioso.

Lloran los tiernos rapaces
ante los yertos despojos

del varón que más amaron
y fué su padre y su todo,
por quien a Dios doce de ellos
hicieron heroico voto,
que Dios no admitió: ¡la vida
de la del padre en retorno!
No quieren de él alejarse;
miran que aun su manso rostro
les sonríe, y en sus manos
van redoblando los ósculos.

Lloran los bronces del templo
de la Virgen de Don Bosco,
y de Turín los demás
se contagian con el lloro.

Llorando, da el cable al mundo
el mensaje doloroso,
y lloran Roma y el Papa
postrado al pie de su trono.
Llora Italia la partida
del hijo prócer y probo,
que llevó su nombre y lengua
al hemisferio remoto.

Y llora América toda
desde Alasca al Orinoco,
a las riberas del Plata
y hasta a los hielos del polo.
Lo lloran los patagones,
los araucanos indómitos,
los pampas y alacalufes
del Estrecho y Cabo de Hornos.

Se enluta la prensa y teje
del Sacerdote el encomio,
y aun le rinden adversarios
de su respeto el elogio.

Ya al orbe todo trasciende
la gigantéz del coloso:
Nuevo sol de primer orden
da al firmamento su foco,
y en varias rondas concéntricas
van danzando de él en torno
astros de luz diamantina,
conjunto maravilloso,
constelación fulgurante
de los santos de Don Bosco,
que arriba alumbran las rutas
que van al reino del gozo,
y abajo a las juventudes
aclaran con haces de oro
las turbias encrucijadas
de este siglo inquieto y loco.

¡Desde lo alto, ha ido a guiar
su grey querida Don Bosco!

¡De enero era el treinta y uno,
en el año ochenta y ocho!...



48. Honras de rey.

¡O^H memorable dos de febrero!
Se han celebrado los funerales.
Tristes crespones viste el Santuario;
gentío inmenso llena las naves...

* * *

Dobles solemnes dan las campanas
para el cortejo que habrá en la tarde.
Ya en flujo enorme las multitudes
van a Valdoco de todas partes.
En Turín nunca tantas se han visto
que así colmasen plazas y calles.
¡Ni los entierros de los monarcas,
como el del pobre Don Bosco, atraen!

Ved cuál desfilan los monaguillos
en sus teorías interminables;
luego piadosos seminaristas
y sacerdotes a centenares;
siguen los dignos graves pastores
de las parroquias; poco distantes
van los obispos en paramentos
propios de tristes solemnidades.

Seis salesianos ¡honra envidiada!
cargan el féretro del dulce Padre.

Cuando este pasa, cien mil personas,
que del cortejo forman la margen,
la frente inclinan; no pocos lloran;

muchos de hinojos al suelo caen,
y exhalan todos, todos los labios
suspiros, preces, elogios o ayes:

*"¡Don Bosco pasa!... ¡Santo!... ¡Vidente!...
¡Ya su alma al Cielo voló triunfante!...
¡Va el taumaturgo de nuestro siglo!...
¡De nuestros hijos sed siempre el ángel!..."*



¡Cuánto más dicen las multitudes
al paso lento de aquel cadáver!
Es justo que, almas agradecidas,
deshojen flores, perlas desgranen.

Sigue el cortejo: pasa la Curia;
pasan colegios, comunidades;
pasan las armas del patriciado,
y en grave pompa pasan cien pajes.

¡Cuántas banderas de cofradías!
¡Cuánta divisa! ¡Cuánto estandarte!
Allí confluyen propios y extraños,
ricos y pobres, todas las clases.

Don Bosco, gloria del pueblo humilde,
que a los humildes se dió en afanes,
¿soñó algún día que a los de reyes
ofuscarían sus funerales?

* * *

“¡Qué hermosa fiesta!” dicen algunos;
y no es, si ingenua, falsa la frase...
¡Es más que fiesta! ¡Es apoteosis!
¡Sólo le faltan arcos triunfales!



49. Coro de las bienaventuranzas.

AQUEL funeral cortejo
de rey en triunfos paró.
A los lúgubres blandones
siguen antorchas de sol;
y al lloro acerbo del hijo,
goces de satisfacción...
¡Si el Padre ya está en los Cielos!
¿Quién llorará al triunfador,
que ahora trueca humanas preces
en las ternezas de Dios?

¡Ah! ¡Si vieran cómo su alma
nadando en dichas se ve,
mientras del vaho terreno
va cruzando la hediondez!
¡Ah! ¡Si al derroche asistieran
de oro, luz, canto y laurel
con que se abre al alma hermosa
la eterna Jerusalén!
¡Qué ejército de querubes
de plumas de rosicler,
hasta el portal del Empíreo
la cortejó, como a rey!

Y, al franqueársele la entrada,
¡qué mirífico escuadrón
de niños y adolescentes
en clámides de esplendor,
con collares de luceros,
calzados de luna o sol,

a su encuentro con cantares
nunca soñados salió!
¡Y cuántos! ¡Ni las arenas
del desierto tantos son!

Y, de otra parte, doncellas
con pureza de jazmín;
tocadas con pedrerías,
jacinto, ágata, rubí;
cintillos, broches, pendientes
de corindón y zafir;
vistiendo púrpura o seda
de clavel, rosa, alhelí,
cual si fuera cada una
celestial emperatriz,
cantábanle enhorabuenas
con arpas de oro y marfil...

¡Bien los conoció! De aquellos
era el gentil capitán
¡su hijito Domingo Savio,
orgullo de su heredad,
gema de estos pedregales,
lirio de áspero espinar!
Y a las otras iba guiando
con superna majestad
¡Sor María Mazzarello,
la virgen de humilde hogar,
que fué por virtudes reina
y de almas puras imán!

¡Y no era aquella la madre,
hecha flor de juventud
con la perenne frescura
del abril sin norte y sur,
mostrando como ascua de oro

sobre su pecho una cruz,
sonriendo a su Juan feliz,
envuelta en brocado y tul,
sinfonías de matices,
urdimbres de hebras de luz?

¡Y allí el fugaz padre bueno,
ocaso en su amanecer;
el maestro, faro y norte
de su turbida niñez;
el Santo, su consejero;
el virtuoso amigo fiel;
sus dechados, de las cumbres
en el sangriento ascender:
Juan, José, Paúl, Gonzaga,
el de Sales, seda y miel;
y cien otros, que le amaron
o a quienes dió dulce ley!...

Y todos le hacen cortejo
hasta el trono del Señor,
cortejo y trono que el hombre
ni vió ni jamás soñó...
¡Oh, el abrazo inenarrable
con que al alma premió Dios,
poniéndola de sus reinos
en eterna posesión,
y en su frente, la corona
del perpetuo triunfador!

¡Oh, la fruición de María,
la inspiradora gentil
de la gestas de su Apóstol,
al sentarlo junto a sí!
¡Oh, los aplausos que estallan
en honra del adalid!

¡Oh inmensa polifonía
de ese reino sin confín,
arquitectura de notas,
arpeggios, ritmo, matiz,
cuando Cristo inicia el canto
y el Cielo prosigue así:



... 216

“¡Dichoso tú, que la pobreza amaste!
Es tuyo todo el Reino celestial.
¡Fuiste manso! Los pueblos, cual vasallos
de amor, tu señorío acatarán.

¡Amasaste tu pan con agua amarga
de inmolación, ingratitud, pesar!
¡Dichoso ahora, que a la margen llegas
de la fuente de olvido y de solaz!

Del sendero a los míseros caídos
te acercaste a curarlos con bondad,
y les diste tu mesa y tu posada;
¡Dios te entrega su alcázar divinal!

¡Dichoso tú, que el aguijón sentiste
del hambre y de la sed de santidad!
En su festín el Rey tres veces Santo
con célicas delicias te hartará.

¡Dichoso, que en los surcos de tu vida
la simiente arrojaste de la paz!
Tendrás, en cambio, del Señor la herencia
e hijo de Dios los siglos te dirán.

Hechizo fué de los divinos ojos
la limpieza de tu alma virginal;
pues tú, en retorno, de un eterno Patmos
en visiones de luz te abismarás.

¡Dichoso tú, que por la Ley sagrada
persecuciones soportaste allá!
Galardón de tus horas de martirio
es este Reino de ventura y paz.

¡Dichoso tú, por Cristo escarnecido,
blanco de la calumnia y la maldad!
Hoy se truecan en júbilo tus lágrimas,
¡y tu júbilo de hoy no acabará!

¡Bien podéis, los salesianos,
poner término al dolor!
¡Bien podéis abrir las almas
al regocijo del sol!
Triunfos doquier son las honras
de vuestro Siervo de Dios.

¡Qué elocuente dijo aquel:
"A un gran hombre honramos hoy;
mañana levantaremos
templo, de un Santo en honor"!

¡Y no oís lo que ha afirmado
el sabio Papa León:
"Verdad, que os dejó en la tierra;
pero al Cielo ya subió
para ser de vuestras obras
poderoso Protector" ?
¡Sí, en el Cielo! La apoteosis
ya allá Dios le decretó.

Con amor su altar de Santo
labradle en el corazón
hasta el día en que la Iglesia
lo erija a la luz del sol.



50. El descanso de Don Bosco.

¡DESCANSE, descanse!— al Santo
sus amigos de la tierra
decíanle, anciano al verle
y siempre con obras nuevas.
Y él: —¿Que descanse? Sí, cuando
al diablo en descanso vea...
¡Ya descansaré en el Cielo,
donde sobran las faenas!—

Y en el suelo a los trabajos
Don Bosco no le dió tregua;
mas en el Cielo... parece
que no cumple su promesa.
Porque en el Cielo Don Bosco
trabaja como en la tierra,
y en esta como en el Cielo
sin cesar su alma aletea.

Los hijos siguen obrando
del Patriarca las proezas,
porque él con ellos convive
y en las luchas no los deja.
Tal deshacía el Cid muerto
las mesnadas agarenas,
con que sólo su cadáver
sacaran sobre Babiaca.
¡Y es más el alma de un Santo:
¡Y ella vigorosa alienta
en los claros Eliseos,
que se transmiten la herencia!

Humano no es el empuje
con que sus huestes se adentran
en las filas enemigas,
y las baten y domeñan.
Él de lo alto se lo trae,
y, en medio de la refriega,
de "¡Trabajo y Oración!"
con su mote, los refuerza.



¡No descansa!... De estos yermos
hasta Dios con preces vuela,
y torna al mundo y con flores
de sus milagros lo riega.

¡Si ni su cuerpo reposa
en el nicho que lo encierra,
nicho a la sombra cavado
de la Madre de las Penas!
¡Nicho sagrado, que es lustre
de Valsálice, a dō llegan
caravanas de romeros
de todas razas y lenguas!

Niños, y mozos, y ancianos,
y matronas, y doncellas;
hombres de corte, de espada,
de pluma, como de gleba;
obispos y cardenales,
ministros, príncipes, reinas
van a postrarse ante el mármol
que el sagrado cuerpo vela.

Y piden consejo y luz,
y en las luchas fortaleza,
y salud, y vista, y habla,
y hasta milagros impetran.
Y Dios, que exalta a su Santo,
hacer milagros le ordena:
y el difunto habla, ilumina,
y del triunfo da las fuerzas,
y sana gráciles cuerpos
que tocan la sacra piedra...
¡Y lloran los peregrinos
y el sagrado nicho besan!...

Y a Valsállice al dejar,
sartas de prodigios cuentan
los peregrinos en todas
las regiones del planeta.
Y en todas le invocan, y él
de reposar no se acuerda
¡y siembra amores de Dios
más que los sembró en la tierra!

Y así su apoteosis labra:
son sus milagros las piedras
con que de Santo su altar
y suntuoso templo eleva.

¡Dios quiere que el mundo entero
por esos milagros sepa
que a Don Bosco, de los Santos
el supremo honor le espera!

51. La Pascua Romana de 1934:

¡Aleluya! ⁽¹⁾

¡Aleluya! ¡Aleluya!

son las voces del mensaje, recogido
por las ondas, que en sus pliegues misteriosos lo escribieron
al dictado de país ultramarino.

Ya las oye todo el mundo.

Y aun nosotros, de las márgenes del Plata, las oímos
como un cántico esperado largamente
y que embarga al fin las almas con su júbilo infinito.

¡Aleluya! canta Roma,

la alma Roma, la que Pedro ganó a Cristo,

la del viejo Coliseo, consagrado

con la sangre milagrosa de los mártires invictos,

la de Sanzio y Buonarroti,

la de intrépidos Gregorios, de Leones y de Píos.

¡Aleluya!, en esta Pascua

que ha cumplido

diecinueve centenarios

desde el alba triunfadora de Jesús sobre el abismo;

y ¡Aleluya!, que a este evento memorable

el Pastor de los Pastores asociada ver hoy quiso

la apoteosis de un soldado

que luchó la vida entera para Cristo

y de Cristo renovó mil y mil veces en las almas

la fecunda redención de su martirio

(1) Esta última composición la escribió el autor en marzo de 1934, en vísperas de la canonización de San Juan Bosco por Pío XI.

y el triunfal resurgimiento
con el lujo de alborozos de aquel clásico domingo...

* * *

¡Vedlo al Papa, visión blanca,
que en la silla gestatoria ha aparecido!
De su marcha, ya preludian las trompetas argentinas
el espléndido epinicio.
¡Oh, la inmensa aclamación estrepitosa
que conmueve de San Pedro los graníticos macizos,
y, cual eco formidable
de un ingente solo grito,
en la plaza de Bernini
delirante ha repetido
el hirviente mar humano que desborda de los lindes
del enorme peristilo!
¡Escuchad cómo lo aclaman *Pío el Grande, Pío el Sabio!*
Y el Pontífice, cual Cristo
por las calles de Salén victoreado,
como padre manso y bueno entre sus hijos,
con la faz trasfigurada
de emoción y regocijo,
va sembrando bendiciones
que provocan incesante nuevo cálido estallido!

Y ya avanza la soberbia comitiva
de los cirios,
de las púrpuras joyantes,
de las mitras de áureo brillo,
de los hábitos arcaicos, de las togas y estandartes,
de la apuesta gallardía de los zuavos palatinos...
Y el cortejo se detiene...
Las tribunas centellean con divisas de ministros,
uniformes principescos y entorchados militares.

Sobrecoge la sublime majestad del sacro rito:
ansiedad hay en los rostros
y silencio religioso en el recinto,
que interrumpe sólo el rezo del Pontífice y prelados,
que corea con fervor todo el gentío.



¡Ya culmina la indecible expectativa!
Las miradas están fijas en el Papa, que ha subido
a lo alto de su trono, y de pie, de cara al pueblo,
cual visión de paraíso,

coronado con la tiara de chispeante pedrería,
 deslumbrante con los oros del hierático atavío,
 la potente diestra en alto,
 con rotunda voz que brota de su pecho conmovido,
 "¡Hijos! —clama—
 "¡En el nombre del Señor, Dios Uno y Trino,
 "ante el orbe declaramos
 "que en el canon de los santos queda ya Juan Bosco
 inscrito!"

¡Oh momento indescriptible!
 En un cielo de esplendores nunca vistos,
 en la gloria del artista, ya aparece
San Juan Bosco, por la aureola de los santos circuido.
 ¡Oh! Al fragor del nuevo aplauso, la Basílica parece
 que invocara toda el alma contenida en los prodigios
 de las claras esculturas, y parece que se viera
 a los Papas y a los Santos aclamar desde sus nichos...
 El tedéum vigoroso por las bóvedas resuena,
 y en la cúpula imponente con bizarro poderío
 de vibrantes aleluyas, las trompetas argentinas
 ya divulgan a los vientos el edicto,
 y con vítores, y aplausos, y aleluyas nuevamente,
 como en rudas contagiosas explosiones de delirio,
 les responden las enormes multitudes que se apiñan
 hasta allá, bajo los arcos, que hoy su claro triunfo antiguo
 atestiguan eclipsado
 por el triunfo de este nuevo paladín del Cristianismo.

¡*Aleluya!*, canta Roma
 con el trueno que sacude de *Sant'Angelo* el Castillo;
 ¡*Aleluya!*, en la inefable sinfonía
 de los bronces colosales con la pátina de siglos.
 ¡Oh, la gloria de concentos
 de millares de campanas que entremezclan sus tañidos:
 las de humildes campaniles
 a porfía con las que honran a los templos más altivos!

Los bronceos aleluyas
 ya no caben en los límites latinos;
 ya cien pueblos los repiten en las lenguas de sus torres
 y otras ciento y mil responden agrandando el regocijo;
 y es en breve toda Italia coro inmenso de aleluyas,
 que, como aguas de un diluvio rebasadas de ancho río,
 no hallan dique en las naciones,
 y los cantan ya en el Ebro, y en el Sena, y en el Istro,
 y en Albión, y Erin, y el Mosa... ¡en toda Europa!
 ¡Con Europa, en todo el mundo! ¡Todo el mundo es hoy
 un himno
 de gigantes aleluyas, porque tiene San Juan Bosco
 todo el mundo subyugado al imán de su cariño!

* * *

¡Aleluya, tú también, oh Patria mía,
 que es Don Bosco de esta tierra, inmortal florón opimo!
 ¡Cuántas veces te nombró *segunda Patria*,
 y rendido, como a tal servirte quiso
 con el culto fervoroso
 de tus héroes y patricios!
 ¡No te dió de sus entrañas
 el amor más exquisito
 al enviarte lo granado de sus huestes,
 sus más ínclitos caudillos:
 los Caglieros, Costamagnas, Vespignanis,
 y Fagnanos y Borghinos,
 que, en tus urbes y en las pampas de ranqueles
 y de Arauco entre los hijos,
 y en la Tierra de los Fuegos,
 y doquiera, con la santa Cruz de Cristo,
 de tus glorias la bandera enarbolaron,
 y a su sombra, al són de tu Himno,
 de tu idioma el culto santo y de tus leyes extendieron
 y afirmaron tras los mares tus prestigios?
 ¡Cuánto arado, cuánta espada, cuánta lira,
 cuántas alas, cuánto libro,

qué de yunques, y de fraguas, y cinceles,
y colores, y sonidos,
en conquistas del progreso y de tu gloria transformados,
tú le debes a Don Bosco, que acompaña tus destinos!

¡Aleluya!, entonces, canta
con las punas y los ríos,
con las selvas y los montes,
donde su alma, con ternuras, abrió de astros cien caminos!

¡Aleluya! ¡y a su culto
labra altares, y alza templos y obeliscos,
cual se elevan de tu Historia
a la flor de los patricios!

¡Aleluya! ¡y a sus plantas
hoy desgranen tus poetas los sartales de oro obrizo,
y le tejan su guirnalda tus pensiles,
y le labren tus panales primorosos claros cirios,
y le ofrende el ascua aromas,
y las almas, su cariño!

¡Aleluya! San Juan Bosco es de la Patria el santo orgullo:
que, si fué, por adopción, noble argentino,
hoy alcanza la apoteosis de los santos
al primero de tus hijos.

¡Ah, y por esto hoy lo acaricia de Belgrano la bandera!
Es la patria que, abrazando a su Santo esclarecido,
entusiasta le declara:

“¡Es magnífico tu triunfo! ¡Y tu triunfo es también mío!
¡Ah! ¡Y de hoy más —es la plegaria de esta tierra que
adoraste—
la cobije, oh San Juan Bosco, de tu amor el patrocinio!”



ÍNDICE.

<i>Dedicatoria</i>	5
<i>Un anhelo del Autor</i>	7

I. HACIA LAS CUMBRES.

1. El Convento de la Paz	9
2. Primeros Cooperadores	13
3. Hombre nuevo	16
4. Feliz clerecía: consagración	19
5. Plática materna	21
6. Nido y hogar	24
7. Hambre de vida	27
8. Ausencia embarazosa	30
9. Mensaje de ultratumba	33
10. Un rayo	36
11. Al dejar el nido	39

II. HORAS DE TABOR.

12. Lo que he de ser	41
13. Transfiguración del Tabor	44
14. Divina penumbra	47
15. Ofertorio	50
16. Memento	53
17. La palabra eficaz	56
18. Campanas de Castelnuovo	59
19. El tedéum del ocaso	63
20. "Da mihi ánimas; caétera tolle"	66

III. HACIA LA TIERRA PROMETIDA.

21. La hora de Dios	69
22. Peregrinaciones	76
23. Al Santuario de la Virgen del Campo	79
24. Tarde de angustia	83
25. Valdoco	87

26. Amor de hijos	90
27. Una joya	92

IV. GESTAS DE LA EDAD HEROICA.

28. El pastorcillo rey	95
29. El sello de Dios	98
30. Porfía de amor	101
31. Un día de duelo	103
32. Las locuras de Don Bosco	106
33. El maestro admirable	108
34. ¡Siempre sacerdote!	111
35. Taumaturgo	114
36. El Centinela de Israel	117

V. LA ARGENTINA, TIERRA DE VISIONES.

37. Como un prócer	121
38. La segunda patria	124
39. Cartas de allende la mar	128
40. La conquista espiritual	131
41. El primer Pastor de la Patagonia	135

VI. LOS TRIUNFOS DEL SANTO.

42. Vergel de maravillas	141
43. La Virgen de Don Bosco	145
44. Palabras augustas	148
45. ¿Quién es Don Bosco?	152
46. El cántico de Simeón	154
47. El mundo entero en Valdoco	160
<i>Ansiedades</i>	160
<i>Ultimos tesoros</i>	162
<i>Al toque del Avemaría</i>	164
48. Honras de rey	167
49. Coro de las Bienaventuranzas	170
50. El descanso de Don Bosco	176
51. La Pascua Romana de 1934: ¡Aleluya!	179

OTRAS PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

AUTORES ESPAÑOLES Y ARGENTINOS, 5.ª edición.

REFORMAS E INNOVACIONES en la última edición de la Gramática de la Academia Española.

EL HABLA DE MI TIERRA, 5.ª edición, aprobada por el Ministerio de J. e Instrucción Pública para los tres años de Castellano de la Enseñanza Secundaria.

PALABRAS ENFERMAS Y BÁRBARAS.

CUMBRES DEL IDIOMA, antología cronológica anotada:

Tomo I: *Poetas y prosadores españoles.*

Tomo II: *Poetas y prosadores hispanoamericanos.*

LETRAS CASTELLANAS, lecciones de Historia Literaria Española, autorizadas por el Ministerio de Instrucción Pública para los cursos de Literatura.

EN VERSO

(Pedro Romero de la Vega).

AL PARTIR, composiciones líricas.

LA REPÚBLICA ARGENTINA, juguete lírico-gimnástico.

TARSICIO O EL NIÑO MÁRTIR, acción dramática en tres cuadros.

CAMINOS DE JUGLARÍA, Romancero domboscano (1.ª parte).

TRADUCCIONES

EN EL PRETORIO DE PILATOS.

EL SUEÑO DE UN APÓSTOL.

De próxima publicación

CARTAS A EULOGIO.

En preparación

LETRAS HISPANOAMERICANAS.

ALGUNAS APRECIACIONES SOBRE LA PRODUCCIÓN EN VERSO

de

Rodolfo M. Ragucci (Pedro Romero de la Vega)



Del libro "Al Partir":

"Los versos de Pedro Romero de la Vega se distinguen por una suavidad y una amabilidad eminentemente cristianas... AL PARTIR es un ramillete de hermosos y cristianos versos, de distintas épocas y distintas emociones, cuya lectura deja un suave sedimento en el alma, un descanso saludable para los amantes de la poesía que, habiendo leído muchas cosas vacías y materialistas, deseen unas horas de refrigerio espiritual" (*Juan Carlos Moreno*, publicista y novelista argentino).

"El altísimo concepto que me había formado de Ud., de su capacidad, de su vasta preparación, de sus conocimientos idiomáticos, queda ahora robustecido por la clara sensación de belleza que se desprende de AL PARTIR. Ud. no podría expresarse de otra forma, sino así, como lo ha hecho, dentro de un austero y noble casticismo, con hondura y sostenida emoción. Páginas hay en su libro que podrían figurar con honra entre las mejores de los líricos castellanos" (*Alfredo R. Bufano*, poeta y académico argentino).

"Irisación de sutiles sentires es la esencia que exhalan las flores de este jardín... Fáciles, sin trascendencia, podrían parecer estos versos a los amantes de la forma. Pero el arte no es sólo ropaje; es también esencia humana. En la armonía de ambos elementos está la cumbre... Estará más cerca de aportar riqueza poética en lo místico a nuestras letras quien traduzca la emoción de belleza ante lo divino, entroncándolo en la savia popular. El autor de AL PARTIR, sin pretenderlo, busca la veta, como los grandes místicos españoles" (*Ataliva Herrera*, poeta argentino).

"Lo felicita por el hermoso ramillete poético AL PARTIR, que a ratos viene recreando y endulzando las horas" (*Mons. Nicolás Esandi*, Obispo de Viedma).

"Este libro encierra composiciones de hondo sabor lírico, que trascienden en muchos momentos a lo épico. Pensamientos filosóficos y sentimientos religiosos cruzan la sustancia de su poesía, en que las emociones psíquicas y metafísicas no empañan la espontaneidad de su fresca y pura inspiración, cuyo ritmo ágil y sonoro le presta la simpatía y el interés que despiertan a la vez en el lector... ¡Ojalá Pedro Romero de la Vega, sacerdote y poeta, persista en su camino trazado de iluminar y mejorar las almas que a su paso en la vida encuentre! Porque ser sacerdote y poeta a la vez, es haber recibido de Dios los más excelsos dones" (*Maria Raquel Adler*, profesora y poetisa argentina).

"Delicioso conjunto de composiciones, que abarca la vida toda del Sacerdote desde su adiós a la casa de estudios en la cual se formara, hasta la despedida triste de aquellos que a su vera van cayendo y que con cristiana esperanza saluda "¡Hasta el Cielo!"... Cantos de despedida, de dulces añoranzas; cantos de dolor y de desilusión ante la perversidad del mundo; cantos de amor santo y de plegaria; cantos por final que trasuntan ya la gloria y el triunfo... Múltiple el tema, variadísimo el metro, plástica la forma, amplio el vuelo lírico, pero uno sólo el anhelo santo, el cristiano amor: María Santísima Reina de los corazones, amparo y seguro refugio en las adversidades y gloria de las esperanzas. En suma: un bello libro" (*E. Veniard Zubiaga*, periodista y novelista argentino).

"Me parece que los caracteres más sensibles de sus versos son la delicadeza y la armonía: una delicadeza que se siente y que se oye, y una armonía que se ve. Son sus versos una música y, simultáneamente, una construcción, arquitectónica: tienen alma y cuerpo" (*Manuel A. Berraz*, profesor y estético argentino).

"Allí habla el espíritu, y el espíritu católico. Es la suya inspirada, sana y verdadera poesía, tan diferente de casi toda la actual, preñada de desfigurante modernismo, que todo lo pasa por alto, inclusive, muchas veces, la gramática" (*Aurelio M. Gamarra y Hernández*, educador peruano).

"AL PARTIR es un himno a la vida, a las afecciones del hogar, al refugio amado que conociéramos de niños, al santuario del saber que acogió nuestra mocedad... AL PARTIR es una visión de ensueño que se aproxima a nosotros, que nos tiende su mano, que nos alienta hacia el mañana, amparándonos en lo que fué... ¡Es flor de bendición que nos hace sentir y llorar a solas, con la emoción que ¡ay! nos brindan siempre los recuerdos" (*Arnaldo Pedro Parrabère*, periodista, en "El Amigo", de Montevideo).

"Es una vena de poesía, que directamente nace del corazón. Se desliza como un hilo de agua, y como el agua es de clara. El fervor religioso, especialmente al cantar a María, es de altísima temperatura. Desbordan de emoción y sentimiento los versos familiares" (*Rafael Sánchez Vargas*, escritor y poeta mejicano).

Del boceto dramático

"Tarsicio o El Niño Mártir de la Eucaristía":

"La oportunidad y el encanto del asunto magistralmente tratado; el desarrollo vivo, dramático, interesantísimo de la acción; la forma exquisita, armoniosa, límpida y fuerte de sus versos, y la íntima poesía que hermosa y da valor al conjunto, hacen de este drama una obra completa desde cualquier punto de vista que se lo considere" (Del veredicto del Jurado, que le discernió el primer premio en el Certamen Nacional de Córdoba en ocasión del Centenario de la Paz Constantiniana).

"Tarsicio es un dramita lleno de delicadeza" (*José J. Ortega Torres*, S. S., escritor y académico colombiano).

"Dramita conmovedor, que ha despertado en mí un mundo de recuerdos y emociones... El arte de sus versos ha sabido iluminar esta página semiilustrada de mi amanecer" (*Rafael Sánchez Vargas*, periodista y poeta mejicano).

Del reciente libro

"Caminos de Juglaría

Romancero Domboscano":

"Lo felicita por su "Romancero Domboscano", que ha tenido el gusto de saborear. Amable presentación de la vida real de Don Bosco desde su nacimiento, sin acudir a creaciones ideales, no porque el numen no lo incline a ello, sino porque está convencido de que la realidad de Don Bosco está por encima de la idealidad de las creaciones humanas; tiene el sabor del Romancero heroico de Castilla..." (*Mons. Audino Rodríguez y Olmos*, Arzobispo de Cuyo).

"Lo felicita por la frescura espiritual de esas composiciones y la oportunidad con que aparecen" (*Mons. Roberto J. Tawella*, Arzobispo de Salta).

"CAMINOS DE JUGLARÍA es un regalo de un buen rato de espiritual descanso y apacible fruición estética... En estos romances se aúnan, sin embarazarse para nada, la sencillez de los relatos, el ingenio descriptivo, la claridad expositiva, la naturalidad y la llaneza y una gran simpatía cordial... Realzan la poesía de Rodolfo Ragucci, no sólo su exquisita sensibilidad, sino también, y en forma notable, su escrupuloso buen gusto y su gran conocimiento de la lengua castellana, que pocos manejan con tanta perfección. Tiene el buen gusto de atenerse siempre en su versificación a las normas de la preceptiva clásica, y no rinde culto a ninguna determinada escuela de poesía... No hay en él pedantismos literarios. Vuelca sus sentires en versos claros, sencillos y armoniosos" (*Ventura Chumillas*, ensayista y crítico español).

"¡Qué delicadeza de espíritu! Este espíritu de candor y de ternura campea por todos estos sencillos y sentidos cantares del mester de Don Bosco. Si el poeta es el hombre con ojos de niño,

aquí se da la conjunción del poeta y del hijo del Santo de Bequi, quien sobre todo se hizo niño, para recoger sus almitas en predilecta ofrenda al que dijo: ¡Dejad que los niños vengan a Mí!
"Una doble vía de infantil gracia, la humana y la sobrenatural, dan a estos humildosos poemas un trascendente encanto" (*Ataliva Herrera*, periodista y poeta argentino).

"Su poesía, impregnada de candor y gracia, es como aire de sierra que ensancha el pecho y reconforta el alma" (*Raúl L. Bernardelli*, profesor de Literatura y escritor argentino).

"Muchas gracias por el precioso regalo de su CAMINOS DE JUGLARÍA, que he leído 'de un tirón', como dicen los criollos. ¡Esto prueba el encanto que fluye de ese armonioso romancero dombocono! Pero, si todas sus composiciones deleitaron mi espíritu, una de ellas se me ha metido en el alma para siempre: *Divino antojo*. ¡Qué hermoso anhelo el de ese niño que sólo aspira a ser sonrisa de todos los niños tristes de la tierra! En ese romance sutil está todo Don Bosco... ¡Vivir la vida de los niños! Sonreír con ellos y cantar con ellos y hasta subir con ellos 'a la patria del eterno gozo... ¡Magnífico, Padre Ragucci!" (*Juan José de Soiza Reilly*, periodista, ensayista, conferenciante, novelista argentino).

"Es una labor poética hermosísima y emocionante su nuevo libro CAMINOS DE JUGLARÍA... Parece que uno catará en odres nuevos y con asuntos nuevos el exquisito vino del Siglo de Oro" (*Alfonso Durán*, poeta, novelista y profesor argentino).

"Estos versos limpios y precisos son la explosión del amor filial de que rebosa un corazón ardiente... Va desfilando la vida amena de San Juan Bosco como en un film estupendo. ¡Siempre nueva, siempre bella la vida del Santo!... Ragucci, al poetizar los hermosos episodios de la vida bucólica de Juanito, la ha sabido matizar con exquisitez propia de su talento" (*Raúl A. Entraigas*, historiador y poeta argentino).

"La misión de este joyelero es conquistar con sus páginas devotos de este gran Apóstol y firmar la adhesión de los que, por gracia especial de la dulce Auxiliadora, ya están en el número de los que lo conocen y lo aman" (*Julia*

Leveratto, educadora y conferenciante argentina).

"Después de haberse deleitado con la lectura de la emotiva y sentida evocación CAMINOS DE JUGLARÍA, se complace en felicitarlo muy efusivamente por el nuevo triunfo que agrega a su brillante actuación de escritor" (*Pedro L. Comi*, Director de la Escuela Normal "Mariano Acosta").

"En él se refieren en verso fácil, variado, terso y castizo las proezas apostólicas que realizó Don Bosco... Santificar y salvar almas atrayéndolas al conocimiento de Dios y a la virtud por medio de alegres y honestas recreaciones ha sido y es el perfil fisonómico de Don Bosco y de su institución religiosa y de su sistema pedagógico, y ese perfil singularmente amable aparece en los breves, poéticos y deliciosos relatos en que el autor del libro expresa su afectuosa admiración por el héroe que canta; su delicada sensibilidad ante las bellezas de la naturaleza y del alma; su facilidad para la versificación; su dominio del léxico castellano; su aptitud para la narración que le permite sintetizar en algunos versos un suceso, una anécdota, una enseñanza, sin apartarse de la verdad y sin alterar la fisonomía del protagonista ni de su escenario" (*Luis Barrantes Molina*, periodista y comentarista, en "El Pueblo", de Buenos Aires).

"La corrección y limpieza de la forma corren parejas con la belleza y profundidad del pensamiento. Léense estos versos con la apacibilidad del alma en suave quietud, que no necesita torturarse para rehacer construcciones ni desenmarañar alambicadas ideas: campea límpido y constante el acendrado lirismo del autor" (*Francisco César Peddotti*, periodista y escritor didáctico, en "La Verdad", de Buenos Aires).

"Agradezco infinito el envío del ramillete CAMINOS DE JUGLARÍA... Este valioso homenaje es tan digno del oferente como del que lo recibe" (*Miguel Luis Amundátegui Reyes*, Director de la Academia Chilena).

"La sencillez castiza, la gracia chispeante, la espontaneidad atrayente, son las cualidades sobresalientes, a mi humilde parecer, en esta primera parte de la obra tan cariñosamente emprendida y lograda" (*Jerónimo Chiacchio Bruno*, poeta uruguayo).



SOCIEDAD EDITORA INTERNACIONAL
Adolfo Berro 4050 Buenos Aires

OBRAS DE SU CATALOGO RECOMENDADAS

Para el estudio de la lengua:

El habla de mi tierra por *Rodolfo Ragucci*.

5a. edición notablemente aumentada, autorizada por el Ministerio de Instrucción Pública. Un solo libro para los tres años de Castellano de la Enseñanza Secundaria \$ 6.00

Para Exploradores y Centros deportivos:

Manual del Explorador. Exposición completa de las actividades de los cuerpos de Exploradores y *boys-scouts* \$ 3.00

Para actos literarios o veladas y lectura amena:

Don Bosco, poema, por el *Dr. Andrés de Piedra-Buena*. Doce romances que sintetizan la personalidad del Santo de la Juventud \$ 0.80

Caminos de Juglaría, ROMANCERO DOMBOSCANO, por *Rodolfo Ragucci*. En 33 romances presenta a San Juan Bosco hasta su ingreso en el Seminario. Con ilustraciones de H. Barthalot \$ 1.50

Empresas de Clerecía, ROMANCERO DOMBOSCANO (continuación) por *Rodolfo Ragucci*. Son 51 romances sobre San Juan Bosco clérigo, sacerdote, fundador y santo. Con ilustraciones de J. Morano \$ 1.90

Vida breve y popular de San Juan Bosco, ilustrada, ejemplar \$ 0.10

Para formación cristiana:

Instrucción religiosa por el *P. Galo Morel*. Es el manual más breve, claro y completo de la doctrina católica. Se han despachado ya cerca de un millón de ejemplares \$ 0.30

PRECIOS ESPECIALES PARA TODOS ESTOS LIBROS EN PEDIDOS CONSIDERABLES
DIRIGIDOS DIRECTAMENTE AL

Administrador de la Sociedad Editora Internacional
Adolfo Berro 4050 Buenos Aires

